

E.SALGARI



DEVASTACIONES DE LOS PIRATAS

**EDITORIAL SATURNINO CALLEJA S.A.
MADRID**

Casmer
1990



C80/5-20

EMILIO SALGARI

DEVASTACIONES DE LOS PIRATAS

SEGUNDA PARTE DE LOS
NÁUFRAGOS DEL «LIGURIA»

VERSIÓN CASTELLANA



DONACION DE
<i>Carmen Per</i>
<i>Bras. Villoranta</i>

Reg. ED (CBV). 31.422

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.
CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D

PROPIEDAD
DERECHOS
RESERVADOS

ALDUS, S. A. Artes gráficas, SANTANDER

CAPÍTULO PRIMERO

UNA CÁPSULA EN MEDIO DEL BOSQUE

En vista de que se acercaba la estación de las lluvias, que en aquellas regiones casi ecuatoriales dura varias semanas sin interrupción apenas, los náufragos se pusieron a la labor, para construir una carreta o un vehículo cualquiera en donde conducir a sus almacenes las nuevas frutas descubiertas.

Ya a media tarde grandes nubes negras con los bordes cárdenos se habían levantado hacia el sur, rodando vertiginosamente por los aires, y deshaciéndose al cabo en furiosos aguaceros.

Antes de comenzar la difícil construcción hicieron varios cobertizos para resguardar a los animales, y un almacén capaz para contener las provisiones de seis meses.

Terminados estos trabajos, que requirieron varios días, pusieron mano en lo de la carreta, sirviéndose de bambúes muy gruesos, por carecer de sierra para hacer tablas, y de grue-

Emilio Salgari

sas espinas de *rotang* para unir de la mejor manera posible las diversas piezas.

Más de una vez se vieron obligados a interrumpir su tarea por la necesidad de arreglar los instrumentos. El hacha y los dos cuchillos, ya medio inservibles, no cortaban; recurrieron a enrojecerles en el fuego y rebatir el filo con piedras planas y gruesas.

Al cabo de cuatro días la caja estaba ya armada; pero faltaban las ruedas y no sabían cómo hacerlas, pues no contaban con más herramientas que aquéllas, y aun aquéllas eran imperfectas. Sin embargo, probaron a cortar un árbol; pero el hierro del hacha saltaba en la fibra leñosa, por falta de filo.

Desesperados, iban a renunciar al carro, cuando un día el muchacho, que se había alejado mucho a lo largo de las escolleras con objeto de cazar pájaros con liga, hizo un importante descubrimiento.

En una parte de la costa encontró verdaderas piedras areniscas de dimensiones medianas. Regresó precipitadamente a la cabaña con la buena nueva. Ya se podía dar como resuelta la cuestión de las ruedas. El veneciano dejó a cargo del marino el proseguir con los detalles que necesitaba el vehículo, y emprendió la construcción de una máquina de afilar.

Devastaciones de los piratas

Frotando una piedra con otra y mojándolas a menudo llegó a redondear una de ellas; en seguida la montó en un cajoncito, hizo una manivela, y por fin pudo afilar el hacha y los cuchillos de los marineros.

Manejando pacientemente aquellas armas consiguieron cortar los pedazos de un tronco de árbol perfectamente circular y de gran diámetro. Naturalmente, aquellas ruedas eran macizas como las que emplean los boers del Cabo de Buena Esperanza; pero en cuanto a solidez, podían darles ciento y raya.

El 1.º de octubre los náufragos, después de haber hecho los correaes con la lona doble de una vela, engancharon la babirusa al carro. Aun cuando el animal se había domesticado bastante, gracias a los cuidados que le prodigaba Piccolo Tonno; se mostró rebelde en un principio; pero al cabo de algunos ensayos concluyó por acostumbrarse, y el muchacho se permitía el lujo de dar una trotada hasta la plantación de bambúes, en compañía de los monos y de Sciancatello, que con gravedad cómica empuñaba muy orgulloso una fusta que le había regalado Enrique.

Aprovechando la bonanza del tiempo los Robinsones abandonaron aquella tarde la vivienda para ir al bosque a recoger las nueces de coco y las almendras de *cay cay*.

Emilio Salgari

Sciancatello, que los acompañaba, era el encargado de subir a los árboles; los dos monos, que ya no pensaban en escapar, se quedaron de guardianes en el recinto.

La babirusa marchaba muy bien; se había acostumbrado con gran facilidad al atalaje, y guiada por el muchacho tiraba sin esfuerzo aparente de aquel primitivo carretón, que debía ser bastante pesado.

A la entrada del bosque se paró el vehículo. No era posible que penetrase a través de aquella manigua; así, pues, el marinero, el señor Albani y Sciancatello se dedicaron a recoger las almendras y las nueces de coco, cuyos árboles no estaban muy distantes.

Se colocó en varios sacos la fruta, se transportaron éstos adonde estaba el carro y los cargaron en el vehículo.

En uno de aquellos viajes el marinero hizo un descubrimiento muy extraño que le preocupó hondamente. Al inclinarse hacia el suelo para recoger el cuchillo que se le había caído, le llamó la atención un pequeño objeto que brillaba entre unas hojas secas. Primero creyó que era un pedazo de vidrio o un trozo de mica; pero calculad su sorpresa cuando reconoció en dicho objeto brillante la cápsula de un fusil, todavía intacta.

Devastaciones de los piratas

— ¡Señor Albani! —exclamó emocionado, como puede imaginarse—. ¡Mire usted!

— ¡Una cápsula! —exclamó a su vez el veneciano arrugando la frente—. ¿Quién la habrá perdido?

La cogió para examinarla y le dio veinte vueltas entre los dedos, buscando, aunque en vano, alguna señal, alguna marca que le indicase su procedencia o la de la fábrica donde la hicieran.

— ¿Qué dice de eso, señor? —preguntó el marinero.

— Digo —respondió Albani con voz grave— que alguien ha venido hasta aquí.

— Pero ¿quién?

— Veamos. ¿Estás seguro de que no tenías ninguna en los bolsillos?

— Segurísimo, señor.

— ¿Y Piccolo Tonno?

— Menos todavía, porque el capitán tenía siempre consigo la llave del armero de a bordo.

— Entonces en esta isla han desembarcado gentes y han venido a rondar por las orillas del bosque.

— ¡Quién sabe cuánto tiempo hará de eso!

— Pocos días debe de hacer, Enrique, porque esta cápsula está tan reluciente como si acabasen de sacarla de la cartuchera. Si hu-

Emilio Salgari

biera estado una sola semana ahí caída, la humedad de las noches la habría oxidado.

—Es verdad, señor. Pero ¿qué hombres serán los que la han perdido? ¿Náufragos también?

—Si fueran personas honradas, habrían salido a nuestro encuentro, porque desde la margen de esta floresta se distingue perfectamente nuestra casa. Deben ser hombres que tienen interés en estar ocultos.

—Pero ¿quiénes? ¿Piratas de las islas Zulú?

—¿Quién puede adivinarlo? El humo y la luz que vi desde lo alto de la montaña indicaban su campamento: ahora estoy seguro de no haberme equivocado.

—¿Y qué querrán esos hombres? ¿Acometernos para saquearnos?

—Podría ser.

—Me pone en inquietud. Es preciso tomar una determinación, señor; no podemos vivir con la amenaza de que nos asalten de un momento a otro.

—Lo sé, y he tomado ya mi determinación.

—¿Cuál es?

—Construir una canoa y registrar toda la costa. Si esos hombres están acampados hacia el sur, descubriremos su cabaña o su embarcación.

Devastaciones de los piratas

—¿Y vamos a abandonarles nuestra casa aérea y nuestras provisiones?

—Cada uno de nosotros hará su guardia, Enrique, y entretanto procuraremos fortificar nuestra pequeña posesión. Por lo demás, espero que esos desconocidos no emprenderán nada contra nosotros mientras dure la estación de las lluvias. No nos cuidemos por ahora de ellos, y pensemos en abastecer bien nuestros almacenes.

Volvieron a proseguir la recolección de nueces y almendras, y cuando el carretón estuvo bien cargado regresaron a su vivienda.

Sin embargo, por precaución establecieron por la noche un turno de guardia. Ignorando quiénes eran los hombres que había en la isla, y mucho más sus intenciones, la más elemental prudencia les aconsejaba la vigilancia.

A nadie se vio rondar por los alrededores de los recintos, ni en aquella noche ni en la siguiente. Sin duda alguna, los desconocidos no se atrevían a entrar por aquella parte de la isla, y quizás, lo mismo que los náufragos, se alejaban, temiendo alguna sorpresa desagradable.

Mientras tanto el veneciano y sus compañeros continuaban en la tarea de llenar los almacenes.

Todos los días iban al bosque y regresaban

Emilio Salgari

con el carretón cargado de nueces de coco, de fruta de artocarp, de almendras de *cay cay*, de plátanos, que ponían en conserva en el jarabe extraído de la *arenga sacarífera*, y con harina, para renovar la provisión de pan.

El veneciano había descubierto otras plantas que daban mejor harina y en más abundancia. Al pie de la montaña encontró por fin el *sagú* que en un principio buscara con tanta obstinación.

Esos árboles, que crecen también en las islas indomalasianas, aun cuando en estado silvestre, pues no necesitan de cultivo, alcanzan unos tres o cuatro metros de altura, tienen uno de grueso los troncos y los corona una gran cantidad de hojas enormes.

A los siete años se pueden cortar y ya entonces dan muy cerca de ciento cincuenta kilogramos de una fécula casi blanca, muy semejante a la harina que produce el trigo. Dicha fécula se halla entre los intersticios de una espesa red de fibras. Se corta el árbol en pedazos y con una maza se hace caer la pulpa, se cierne, y con un poco de agua se forma una pasta a la cual se da la figura de panes.

Ligeramente tostada, esta harina puede servir como excelente sopa.

Los Robinsones hicieron una gran provisión

Devastaciones de los piratas

de dicha fécula, tostando una parte de ella para que les sirviera de sopa. En aquellos días el horno, al cuidado del muchacho, transformado en panadero, no estuvo ni un instante sin funcionar.

Así que se llenaron los depósitos, el veneciano y el marinero se consagraron a fabricar velas con la cera de las almendras de *cay cay* y a transformar en vino blanco y en aguardiente el agua azucarada y la pulpa tierna de los cocos, encerrando el líquido en recipientes de barro cocido para que se conservase largo tiempo.

También hicieron aceite, y se permitieron el lujo de comer algún plato de cebollinos cogidos en el huerto; pero el aceite no duraba en buen estado más de dos o tres días porque en seguida se enrahciaba y su sabor se hacía intolerable. Encontraron un medio de substituirlo ventajosamente con otro que no se alteraba en mucho tiempo. En la playa aparecieron grandes tortugas marinas, las cuales se habían reunido para hacer la postura de los huevos, y una mañana sorprendieron, en un banco de arena, varias que estaban ocupadas en socavar el agujero que debía servirles de nido.

Mataron las mayores y derritieron en el fuego su grasa, que les dio gran cantidad de un aceite transparente y perfumado, más exqui-

Emilio Salgari

sito qué la manteca. Las otras tortugas las echaron en el vivero, después de cubrirle con un enrejado de bambú para impedir que se escapasen.

Así, provistos de todo, podían esperar sin cuidado la estación de las lluvias.

CAPÍTULO II

EL «TIA-KAN-TING»

Temiendo que sus provisiones no estuvieran bastante defendidas de las violentas lluvias que se acercaban, especialmente la fécula de *sagú* y los bizcochos, bajo los techos de caña y hojas que habían construído, pensaron que sería conveniente utilizar la caverna como almacén.

Amplia y seca, no había duda de que era preferible la gruta a los almacenes de caña; y como se distaba apenas una milla, la lluvia no impediría a los náufragos ir hasta ella para aprovisionarse de lo que les hiciese falta siempre que quisieran.

Para preservar los bizcochos y las féculas de los insectos que buscasen refugio en la caverna durante las lluvias, construyeron recipientes circulares muy parecidos a pequeños toneles, utilizando gruesos bambúes y cerrán-

Emilio Salgari

dolos perfectamente con una especie de goma extraída del *isonandra gutta*, planta que produce el caucho.

Llenos ya muchos recipientes, una mañana engancharon a la carreta la babirusa y se pusieron en camino por la costa oriental, flanqueando las márgenes del bosque. Media hora después llegaban a la caverna, cuya entrada estaba enteramente cubierta por las plantas trepadoras.

Tomando grandes precauciones, por temor de encontrarse con otra *serpiente de anteojos*, quitaron la cortina vegetal y entraron en el corredor con una vela encendida. Ya en la primera gruta, el muchacho, que marchaba delante, se detuvo bruscamente exclamando:

— ¡Mil bombas! ¡Escorpiones! ¡Cuidado con los pies!

— ¡Al demonio con los animales venenosos! — gritó el marinero retrocediendo velozmente.

El señor Albani, que había dado varios pasos atrás temiendo encontrarse con verdaderos escorpiones venenosos, bajó la vela que llevaba y vio un centenar de animalillos negros, bastante más pequeños que los escorpiones, pero que se enderezaban agitando de un modo amenazador sus patitas anteriores.

Devastaciones de los piratas

— ¡Eh! ¡Marinero! ¡Piccolo Tonno! — gritó.

— ¡Huya usted, señor! — repusieron Enrique y el muchacho, que ya estaban fuera.

— Amigos míos, no hay peligro alguno; no son escorpiones.

Los dos marineros, sabiendo por experiencia que el señor Albani no se engañaba nunca, volvieron a entrar, pero con cierto recelo.

— ¿Conque no son escorpiones? — preguntó Enrique deteniéndose en el extremo de la galería.

— No, amigo mío. Son insectos inofensivos, muy parecidos a nuestras lagartijas.

— Pero yo les he visto alzarse, tomando la actitud de los escorpiones.

— Esa es una manera de meter miedo.

— Pero ¿son tan trapaceros los insectos, señor?

— Todos tienen sus mañas para defenderse.

— ¡No lo hubiera creído nunca!

— Faltos los más de armas ofensivas, recurren a mil astucias, algunas veces curiosísimas. Por ejemplo: la araña lamigalodante, muy común también en Europa, para huir de los enemigos más fuertes que ella, hace una celdita y la cierra con una especie de tapón; escondida detrás de aquella puertecilla, espía su presa y la acomete si está segura de vencer; pero si se

Emilio Salgari

encuentra con un insecto más fuerte que ella, corre a su celdita y se adhiere al tapón para que no puedan quitarlo.

— ¡Qué cosa tan extraña!

— Hay otros todavía más listos—continuó el instruído veneciano, mientras Piccolo Tonno, con una escoba hecha con largas hojas, barría para fuera los insectos—. Hay simples larvas que para proteger su débil cuerpo lo cubren con una coraza formada de hilos casi invisibles que extraen de sí mismas: tan tenues son; después cubren esa red con granitos de tierra. Otras veces se revuelcan en el fango, que, secándose, basta para protegerles.

— ¡Usted, señor, me cuenta cosas asombrosas!—exclamó el marinero—. ¡No hubiera creído nunca que seres tan pequeños fuesen tan astutos!

— Figúrate que hay coleópteros que apenas se dan cuenta de que los observan contraen las patas y se dejan caer de costado fingiéndose muertos. Otras veces tratan de engañar cambiando de forma. El otro día observaba yo una hermosa mariposa de color oscuro que se había posado en unas hierbas altas; deseando cogerla, la perseguí largo rato, pues se me había ocultado, y la descubrí con las alas plegadas de tal modo que parecía una verdadera hoja seca.

Devastaciones de los piratas

—¡Miren qué astuta!

—Señor—dijo en aquel momento el mozo—, la caverna está ya limpia.

—Todavía no—dijo el marinero—. Hay que enterrar un muerto.

—¡Lava del Vesubio! ¿Un muerto?—exclamó Piccolo Tonno, revelando en sus ojos el asombro.

—Una especie de momia egipcia que duerme hace veinte años. ¡No hay que ser melindroso, muchacho! ¡Vamos a enterrarla!

Entraron en la segunda caverna y se llevaron la momia, enterrándola al pie de un árbol; en seguida descendieron la carreta, haciendo rodar los recipientes en el nuevo almacén.

—¡Estarán frescos!—dijo Enrique.

—Es una hermosa gruta—dijo el mozo—. No vale lo que la gruta azul de mi golfo (1); pero es muy amplia y cómoda, y hasta viviría en ella si tuviese luz.

—Alargaremos aquel agujerillo y abriremos una ventana, Piccolo Tonno. Un poco de aire conservará mejor nuestros víveres.

Con el hacha que habían llevado consigo echaron abajo un trozo de pared sin hacer mucho esfuerzo, pues la peña era de toba volcánica y, por lo tanto, muy blanda, abriendo una

(1) Se refiere a la famosa gruta azul de la isla Capri en el golfo de Nápoles.

Emilio Salgari

ventanita lo bastante grande para asomar la cabeza.

Aquella abertura estaba a veinte pies de una escollera que se extendía delante de la roca, y las olas, al romperse contra aquel obstáculo, algunas veces le salpicaban con su espuma.

Desde allí se veía un buen pedazo de la costa, del mar y los viveros, pues formaba en tal punto de la isla una especie de ángulo muy agudo. Una nave que hubiese querido arribar en las cercanías de la cabaña aérea, hubiera sido vista en seguida.

Mirando Albani hacia el este, vio una larga serie de rompientes que concluía al pie de un lejano islote que parecía bastante grande, y que se hallaba a veinte o veinticinco millas.

Durante el día los Robinsones hicieron varios viajes, transportando a la caverna gran parte de sus provisiones. Al caer de la tarde cerraron la entrada de la galería con piedras gruesísimas para impedir que penetrasen en el almacén los animales de los bosques. Hecho esto, volvieron a la cabaña aérea.

Hacía ya una hora que había caído la noche cuando llegaron a su vivienda. Cenaron aprisa, pues deseaban descansar, y se acostaron; pero el muchacho, antes de hacer lo mismo, salió a

Devastaciones de los piratas

la plataforma para retirar la percha que les servía de escala.

Iba a entrar en la cabaña, cuando, dirigiendo una mirada al mar, vio que brillaba hacia el nordeste un punto luminoso, el cual se distinguía claramente sobre la obscura superficie del agua.

— ¡Un farol! — murmuró estupefacto.

Comprendiendo la importancia que podría tener aquel descubrimiento, se precipitó en el interior de la cabaña gritando:

— ¡Corred, señor Albani! ¡He visto el farol de un barco!

El veneciano y el marinero saltaron de las hamacas y salieron a la plataforma, preguntando con ansiedad:

— ¿Dónde?

— ¡Allá lejos, hacia el nordeste! — repuso el mozo.

— ¡Terremoto de Génova! — exclamó el marinero—. ¡Efectivamente, es un farol!

— Sí — afirmó el señor Albani, que parecía conmovido.

— ¿Es una nave que se acerca a nuestra isla?

— Tal creo, Enrique.

— ¿Acaso un barco europeo?

— No, porque llevaría dos faroles, uno rojo y otro verde, mientras que ese blanco me parece

Emilio Salgari

que arroja más luz que los que usan nuestros barcos.

—Es preciso hacer señales, señor; hay que encender fuego en la playa.

—No— dijo Albani, después de algunos instantes de silencio.

—Ya le comprendo—dijo Enrique—. Teme usted que nos embarquemos y que abandonemos esta isla. Pues bien, señor; se equivoca usted: yo no dejaré ya este pedazo de tierra, en la cual me encuentro tan a gusto que no deseo ninguna otra.

—Ni tampoco yo, señor—dijo Piccolo Tonno.

—No es ese el motivo, amigos míos— dijo Albani—. La prudencia es la que me aconseja que no llamemos por ahora la atención de esos navegantes.

—¿Qué teme usted?—preguntaron los dos marineros.

—Temo que tripulen esa nave gentes que estarían muy bien ahorcados en los penoles del contrapapahigo. No hay que olvidar que nos hallamos en una región que recorren los piratas más sanguinarios del archipiélago chinomalayo y de las islas Zulú.

—¿Cree usted que esté tripulada por esos ladrones?

—También puede ser un honrado barco chi-

Devastaciones de los piratas

no que vaya con rumbo a las Molucas, pues esas naves llevan un solo farol o una gran linterna suspendida en el trinquete; pero nadie nos asegura que no nos equivocamos. Sin embargo, amigos, si queréis, encended el fuego.

—¡Ah, no, señor!—exclamaron Enrique y Piccolo Tonno.

—En ese caso, esperemos al alba. Reina una calma perfecta en el mar, y ese barco aún no estará lejos mañana.

—Diga usted, señor Albani—preguntó el marinero—: ¿cree usted que los piratas de las islas Zulú sepan que existe esta isla?

—Frecuentando como frecuentan estos mares, es muy probable, Enrique.

—¿Y que desembarquen aquí también?

—Realmente, no sé qué podrá haber aquí que los traiga.

—Quizás para repostarse de agua, o para cortar algún árbol que necesiten.

—Sí; puede admitirse la suposición.

—En ese caso, es preciso dejar la cabaña y ponerse a salvo en los bosques.

—O en la caverna—dijo Piccolo Tonno.

—Ciertamente—respondió el veneciano—. Suponiendo que esas gentes sean piratas y nos sorprendieran, nos harían prisioneros y nos someterían a esclavitud.

Emilio Salgari

—Pero no les daremos ese gusto. Tenemos flechas mortales, y nos defenderemos. Por mi parte, esta noche no duermo.

—Basta con que vele uno por turno.

—Entonces, yo haré el primer cuarto de guardia—dijo el mozo.

—Hay que tener muy abiertos los ojos, ¿eh?—dijo Enrique—. Al primer asomo de peligro despiértame, aunque sea con un puntapié.

—No temas, marinero; no perderé de vista el farol.

El veneciano y el genovés, sabiendo que podían dormir con tranquilidad, pues velaba el muchacho, se acostaron. Una guardia de tres era inútil, y, además, estaban cayéndose de cansancio.

Piccolo Tonno se sentó en el extremo de la plataforma, al lado de Sciancatello, y no cerró los ojos ni un instante. Para alejar el sueño se pellizcaba los brazos con fuerza de cuando en cuando.

El farol del barco permanecía inmóvil a una distancia de la isla de cinco a seis millas. Con la absoluta calma que reinaba, le era imposible al velero remontar la isla o aproarla.

El marinero substituyó al muchacho poco antes de media noche, y a su vez fue relevado por el veneciano hacia las tres de la madrugada.

Devastaciones de los piratas

da. Sin embargo, los dos primeros, devorados por la impaciencia, no tardaron en ir a hacerle compañía, ya muy cercana la aurora.

Habiendo observado bien el farol, vieron que había ido acercándose a la isla de modo insensible; probablemente, la marea alta o alguna corriente empujaba la nave.

Hacia las cuatro de la mañana el sol, después de un breve crepúsculo, despuntó en el horizonte, alumbrando casi de un modo brusco el mar y el barco, que ya no distaba más de tres a cuatro millas.

Una sola mirada le bastó al veneciano para saber con qué clase de embarcación tenía que habérselas. No era un barco común, sino una de esas barcas veloces, de dos palos y grandes velas, con el costillaje muy bajo, llamadas *tia-kan-ting*, y que usan los piratas y contrabandistas del mar meridional de la China y de Zulú.

—¡Lo había sospechado!—murmuró arrugando la frente.

—¿Es un barco corsario?—preguntó el marinero, que también había reconocido un *tia-kan-ting* en aquella barca.

—Esta no es región a propósito para el contrabando—dijo Albani—. Amigos míos, bajemos y pongamos en salvo nuestras riquezas. Si divisan esos tunantes nuestra cabaña,

Emilio Salgari

no dejarán de hacer una visita a esta parte de la costa.

En menos tiempo del empleado para decirlo bajaron a tierra. Pocas provisiones habían quedado bajo los cobertizos; aunque las hubiesen perdido, el daño hubiera sido de poca monta, pues tenían abarrotada la segunda caverna; pero les apremiaba poner a salvo los animales y las aves que con tanto trabajo se habían proporcionado.

Engancharon la babirusa a la carreta, echaron dentro sus escasos trastos y pertrechos, como la vajilla de barro, los trozos de lona que aún les quedaban de las velas, y otros objetos; ataron las aves, que ya eran una veintena, y huyeron hacia la caverna seguidos por los monos, que conducían a las dos pequeñas babirusas, y de Sciancatello, que llevaba a los osos.

Un cuarto de hora tardaron en llegar a sus amplios almacenes subterráneos. Albani y el marinero dejaron a cargo del muchacho la tarea de colocar las cosas en su sitio, y ellos, armados con las cerbatanas y dos haces de flechas envenenadas, volvieron hacia la costa septentrional con objeto de vigilar los movimientos del *tia-kan-ting*.

Cuando llegaron a las márgenes de la plantación de bambúes, el barco, empujado por una ligera brisa que soplaba del nordeste, nave-

Devastaciones de los piratas

gaba lentamente en dirección de la isla, puesta la proa hacia el lugar donde se levantaba la cabaña aérea. Ya no había duda alguna: la tripulación se disponía a anclar allí.

— ¡Mil terremotos! —exclamó el marinero arrugando la frente—. ¡Esa canalla ha descubierto nuestra cabaña y vienen a destruirla!

—No sabemos todavía cuáles serán sus intenciones, Enrique—dijo Albani—. Pudiera suceder que viniesen en busca de agua o a cortar algún árbol para reparar cualquier avería.

—¿Distingue usted aquel grupo de personas a proa?

—Sí, lo veo.

—¿No le parecen hombres de color?

—Sí; y, además, zuluanos y buguises, porque no llevan los grandes sombreros de fibras de *rotang* que usan los marineros chinos.

—Entonces, son piratas.

—Esperemos para poder juzgarlos, Enrique—dijo Albani.

— ¡Mire, señor!

—¿Qué es lo que ves?

—Dos culebrinas en el castillo y dos cañones pequeños en las bandas.

Albani arrugó el entrecejo.

— ¡Mala señal! —murmuró—. ¡Un *tia-kan-ting* armado no pueden montarlo más que piratas!

Emilio Salgari

El pequeño velero continuaba avanzando hacia la caleta y flanqueaba la caverna marina corriendo bordadas. En la proa se veían algunos hombres medio desnudos, de color obscuro, armados con una especie de mosquetones que debían de ser de muy antigua fabricación.

En la popa otros grupos, colocados detrás de las pequeñas piezas de artillería, parecían esperar una orden para dispararlas contra la cabaña aérea.

Cerca de la playa, y como a unos trescientos metros, el *tia-kan-ting* se puso al paio. Echaron al agua una chalupa, tomaron puesto en ella diez hombres armados de mosquetes, y arrancaron hacia la caleta, pero tomando precauciones, como si temieran alguna sorpresa o ser víctimas de una descarga imprevista.

Aquellos individuos eran todos altos, bien conformados y de coloración rojiza; tenían un poco aplastada la cara; los pómulos, muy salientes; los ojos, algo oblicuos, pero muy negros, como también los cabellos.

Su vestimenta consistía en una simple camisa que les llegaba hasta las rodillas; en un ancho cinturón llevaban un arma blanca curvada, semejante a los *parangs* de los de Borneo.

A los pocos minutos la chalupa aproó y desembarcaron ocho hombres, que se dirigieron en silencio hacia la cabaña aérea.

Devastaciones de los piratas

El marinero y el señor Albani, ocultos entre la espesura de los bambúes, no los perdían de vista. Ambos parecían presa de gran emoción, pues temían ver destruída su vivienda, a la cual tanto cariño habían tomado.

— ¡Si me la destruyen, ay de ellos! —dijo Enrique echando resueltamente en la cerbatana una flecha envenenada.

CAPÍTULO III

LAS DEVASTACIONES DE LOS PIRATAS

Al llegar a unos veinte pasos de la cabaña aérea, los marineros del *tia-kan-ting* se detuvieron y montaron sus mosquetones, alzándose sobre las puntas de los pies para ver si había alguien tendido en la plataforma.

No habiendo visto a nadie, y no oyendo tampoco rumor alguno, rodearon la construcción; uno de entre ellos, el más ágil y el más atrevido, cogió la percha y comenzó a subir.

Sus compañeros tenían las armas en alto, prontas para responder al primer ataque; por su parte, la barca, que se había acercado a la rada, apuntaba con sus culebrinas.

El hombre llegó en seguida a la plataforma y entró en la habitación. Poco después salía dando voces como encolerizado.

Cambió algunas palabras con sus compañeros, que parecían hallarse también llenos de

Emilio Salgari

coraje. En seguida se puso a tirar abajo los poquísimos víveres que había dentro de la cabaña, mientras los demás saqueaban lo que había quedado en los cobertizos.

Pero aquello no era bastante para apaciguarlos: el botín era tan pequeño, que les pareció una burla. Los náufragos les oían gritar como poseídos, y correr de la empalizada a los recintos, desahogando su mal humor con tremendas cuchilladas que, como locos, daban en los bambúes.

Los demás piratas que quedaran a bordo, anclada ya la nave, se apresuraron a reunirse con sus compañeros para tomar parte en el saqueo; pero en vista de que no habían encontrado más que aquellos poquísimos víveres, montaron en cólera y se pusieron a demoler las empalizadas y los cobertizos y a pisotear las plantas del huerto; no satisfechos con esto, comenzaron a cortar los bambúes de sustentación para derribar la cabaña aérea.

Los dos náufragos, temblando de cólera, asistían impotentes a aquella destrucción bárbara del huerto con tanto cuidado cultivado por ellos, y de su vivienda. Sobre todo, el marinero estaba a punto de saltar.

— ¡Canallas! — exclamó—. ¡Destruir nuestros futuros medios de vida y nuestra vivienda, que ahora debía protegernos en la esta-

Devastaciones de los piratas

ción de las lluvias! ¡Ladrones! ¡Si tuviese una buena carabina, ya veríais cómo os trataba a todos!

—Déjalos que hagan, Enrique—respondía Albani—; contentémonos con salvar la piel.

—¡Yo no puedo ver tanta devastación, señor! ¡Yo mato a uno!

—¿Para que te persigan y te prendan? No, Enrique. Dejémoslos hacer. La paciencia y la buena voluntad no nos faltan, y repondremos fácilmente los destrozos.

En aquel instante la cabaña aérea, privada de los bambúes de sustentación, se vino abajo con gran estrépito, y los piratas, contentos como si fuesen niños grandes, reían y gritaban ante la proeza.

Aquello fue demasiado para el marinero, a quien le hervía la sangre. Dando al olvido la prudencia, y antes de que el señor Albani pudiera detenerle, se lanzó fuera de la plantación y se dirigió a un gran grupo de árboles que se extendía hasta unos treinta pasos de la cabaña.

Apuntar la cerbatana, soplar dentro, lanzar la flecha mortal y tumbar a un hombre que se hallaba a tiro fue cosa de un segundo.

El pirata, herido en medio de la espalda por la sutil flecha, cayó hacia atrás lanzando un grito de dolor. Sus compañeros se volvieron

Emilio Salgari

bruscamente, y al ver al marinero que huía a través de la espesura dispararon sus mosquetones; pero ya era demasiado tarde: Enrique se había arrojado en medio de los bambúes, y la descarga no produjo otro efecto que hacer mucho ruido y producir una nube de humo.

El señor Albani se lanzó detrás de su compañero, que huía con la velocidad de un ciervo. Había visto a los piratas correr también siguiendo sus pasos, y deseando ocultarles el sitio donde se refugiaban, creyó más prudente internarse en las espesuras de la floresta.

En diez minutos, los dos fugitivos atravesaron la plantación, y siendo, como eran, prácticos en aquellos parajes, se escondieron en medio de un bosque tan intrincado que hacía imposible toda persecución.

— ¡Subámonos en aquel árbol! —dijo el veneciano, indicando uno que tenía gran cantidad de ramas y hojas que, además, estaba envuelto y vuelto a envolver por una verdadera red de plantas trepadoras.

Ayudándose mutuamente subieron y se acomodaron en las bifurcaciones de las ramas.

— ¡Imprudente! —dijo Albani al genovés cuando pudo respirar—. ¡Si tardas un instante en ocultarte en la plantación, te acribillan con la descarga!

—Es verdad que he sido imprudente, se-

Devastaciones de los piratas

ñor—repuso el marinero—; pero no he podido contenerme al ver aquel estrago.

—Ahora registrarán la isla entera para vengar a su compañero.

—¿Cree usted eso?

—¡Y tanto, Enrique! Pensarán encontrar otras cabañas o alguna aldea que saquear, y gentes que hacer esclavos.

—¡Pero no les será fácil descubrir nuestra caverna!

—Si descubren nuestro rastro, sí; por ejemplo, siguiendo los surcos de las ruedas del carretón, no dudo que darán con ella.

—¡Terremotos! ¿Sorprenderán a Piccolo Tonno?

—¡Calla!

Había sonado una fuerte detonación hacia el lado del mar, y poco después otra.

—¿Qué sucede?— preguntó el marinero—. ¿Habrá atacado a esos bribones algún crucero español?

—No; disparan sus culebrinas contra las plantaciones de bambúes, creyendo que nos descubrirán—repuso Albani—. Estoy seguro de que no me equivoco.

—Afortunadamente, estamos lejos y bien emboscados.

—Pero temo que al oír Piccolo Tonno esos

Emilio Salgari

disparos nos crea en peligro y se ponga en nuestra busca.

—¿Quiere usted que intentemos acercarnos a la caverna? No debe estar muy lejos.

—No sabemos por qué lado nos buscan los piratas, y si dejamos este escondrijo podemos darnos de manos a boca con ellos. Si tuviésemos fusiles, se podría intentar la retirada; pero con nuestras cerbatanas sería una imprudencia que podría costarnos la vida. Estas armas son precisas para la sorpresa y para la emboscada, pero valen muy poco para la defensa. Hagamos un llamamiento a la paciencia, y esperemos a la noche para dirigirnos hacia la costa oriental.

—Pero ¿y Piccolo Tonno?

—Debemos creer que no cometerá la imprudencia de salir de su guarida. Le he dicho que no se moviese hasta nuestra vuelta, sucediera lo que sucediese.

—¡Calle, señor; me parece que oigo voces hacia allá!

Escucharon atentamente conteniendo la respiración y, en efecto, oyeron que hablaban varias personas en voz alta, muy cerca de los límites del bosque.

Los piratas debían haber atravesado la plantación después de haberla registrado en todos sentidos, y, por lo visto, se disponían a regis-

Devastaciones de los piratas

trar la floresta, cosa no muy fácil, porque era inmensa, y además la isla tenía una superficie muy regular.

Sin embargo, se dirigían hacia la montaña, en la creencia de que había alguna aldea o, por lo menos, cabañas que saquear en las mesetas de sus estribaciones.

Poco a poco las voces se fueron alejando hacia el oeste, y el silencio volvió a reinar en la espesura.

El señor Albani y el marinero, aun cuando deseaban ardientemente dejar aquel escondrijo y replegarse hacia la caverna, no se atrevían a moverse, por miedo a que hubiera por allí emboscado algún pirata.

Transcurrió una hora, después otra, y las voces no volvieron a oírse; tan sólo los papagayos y los tucanes reanudaban sus chillidos en las cimas de los árboles más altos.

—¡Tentemos la suerte, señor!—dijo Enrique—. Piccolo Tonno debe estar muy inquieto viendo que no volvemos; además, me comería un bizcocho de muy buena gana.

—Sube antes a las ramas superiores, y mira si se descubre algo. El árbol es bastante alto y puedes ver lo que sucede, incluso en el sitio de la cabaña aérea.

Enrique no se hizo repetir la orden: aga-

Emilio Salgari

jidos de las ramitas al quebrarse, y se veía ondear suavemente la alta hierba.

Aquel hombre debía de haber descubierto las pisadas de los fugitivos, impresas en el húmedo suelo de la floresta, y las seguía sin desviarse. Tardaría muy pocos minutos en llegar cerca del árbol.

El señor Albani y Enrique, ocultos entre el follaje, contenían la respiración, pero aguzaban la vista para descubrir al enemigo. Ambos tenían las cerbatanas cerca de la boca.

De repente apareció una cabeza entre dos matas. Se levantó con lentitud, mirando con gran atención a las ramas de los árboles cercanos, después siguió avanzando, y su cuerpo todo quedó a la vista. El pirata tenía un largo cuchillo entre los dientes y en la diestra un fusil de chispa.

Los dos Robinsones, viéndose próximos a ser descubiertos, no necesitaron más. Las dos flechas, tintas en el mortal veneno del *upas*, partieron con un silbido apenas perceptible, hiriendo al hombre en el cuello y en el costado izquierdo.

Al sentirse herido, el pirata se arrancó furioso las dos ligerísimas cañas y de un salto se puso en pie, amartillando precipitadamente el fusil; pero las fuerzas le faltaron y cayó al suelo presa de espantosas convulsiones.

Devastaciones de los piratas

—¡Huyamos!—dijo Albani.

Se dejaron caer en tierra, y sin cuidarse de su enemigo, cuya muerte era indudable, huyeron a toda velocidad hacia el este. Recorridos unos cincuenta metros, moderaron la marcha, temiendo que hubiese cerca otros piratas.

—¡Dos canallas menos!—dijo el marinero—. Repugna matar así, casi a traición, a las personas; pero se trata de salvar el pellejo, y no se debe andar con escrúpulos. ¡A ver ahora si nos dejan llegar tranquilamente a nuestro refugio!

—No vayamos a extraviarnos en medio de estos bosques—dijo Albani—. El sol está allí; está bien.

—¿Cree usted que habrán descubierto los surcos de la carreta?

—Si no han llegado hasta la costa oriental, no.

—He visto que varios hombres subían a la montaña; pero también pueden recorrer la costa.

—Entonces, sorprenderán a los misteriosos individuos que perdieron la cápsula.

—Pero esos tienen fusiles, y podrán rechazarlos fácilmente. ¡Ah! ¡Si se pudiera saber quiénes son, para unir nuestras fuerzas y arrojar a estos salteadores del mar!

—Sería preciso atravesar la isla y perdería-

Emilio Salgari

mos mucho tiempo. Además, no creo que se detengan aquí los piratas más que breves momentos.

—He visto a los marineros de la embarcación cortar un árbol y bajar el trinquete.

—¡Ahora se comprende por qué han arribado! Alguna tempestad se lo habrá roto.

—Así lo creo yo también, señor Albani.

—Entonces, dentro de dos o tres días volverán al mar y quedaremos libres. ¡Alto, marinero!

—¿Qué ha visto usted?

—Alguien se ha escondido en aquella espesura.

—¡Terremotos de Génova! ¿Otro pirata?

—No; me parece un animal.

—¿Un tigre quizás?

—No lo sé, marinero. Armemos las cerbatanas, y esperemos a que se muestre.

CAPÍTULO IV

ASEDIADOS EN LA CAVERNA

El señor Albani y el marinero se habían detenido detrás del tronco de un colosal durión, no atreviéndose a avanzar sin saber antes qué clase de enemigo era el que tenían enfrente.

Las malezas que formaban la espesura continuaban agitándose, como si el hombre o el animal que fuese se abriera camino con trabajo; parecía que se veía apurado para salir de entre aquellas ramas, muy espesas y frondosas.

Al cabo, después de un esfuerzo violento, logró abrirse paso y mostrarse. Al divisarle, los dos Robinsones habían alzado las cerbatanas, dentro de las cuales deslizaron rápidamente dos flechas.

No era un hombre, sino un tigre, que, por lo visto, tenía una pierna bastante mala, pues la movía con gran trabajo. Además era de una

Emilio Salgari

forma muy extraña, pues parecía más larga que la otra y más gibosa.

—¡Pero esa bestia es deforme!—exclamó estupefacto el marinero.

—Yo no acierto a distinguirle las piernas—dijo el veneciano, no menos turulato que el marinero.

—¿Estará herido?

—¿Y si no es un verdadero tigre?

—¿Qué es lo que quiere usted decir?

El veneciano no pudo dar más explicaciones, porque el tigre, levantándose bruscamente, se desembarazó de su soberbia pellica, y delante de los dos Robinsones apareció... Piccolo Tonno.

—¡Mil terremotos! ¡El pequeño!—exclamó el marinero saltando delante.

—¡En la piel del tigre muerto en la montaña!—respondió el mozo corriendo a su encuentro—. ¡Ah, señor Albani! ¡Qué ansias he pasado en estas cuatro horas, temblando siempre por temor de que les hubiesen matado!

—Pues en muy poco ha estado—dijo Enrique.

—¿Ha aparecido algún pirata por las cercanías de la caverna?—preguntó Albani.

—Ninguno, señor.

—¿Y Sciancatello?

Devastaciones de los piratas

—Le he dejado al cuidado de los animales.

—Pero ¿por qué te has puesto la piel del tigre?

—Para espantar a los piratas, en el caso de habérmelos encontrado.

—¡El tunante!—exclamó Enrique.

—¡Eres un muchacho valiente!—dijo Albani.

—Ahora no perdamos tiempo y huyamos. ¿Está muy lejos la caverna?

—A diez minutos—repuso el mozo.

—¡Pues andando, amigos!

El mozo cargó de nuevo con la piel del tigre, y se pusieron todos en camino, procurando ir siempre por los sitios más espesos del bosque.

Sin más encuentro llegaron al cabo de algunos minutos a la caverna. Levantaron la cortina vegetal, apartaron los pedruscos que obstruían la estrecha entrada, y pasaron al lugar donde estaban Sciancatello, los dos monos, los osos, las babirusas y los pájaros.

El mozo no había perdido el tiempo. Durante la ausencia de sus compañeros lo puso todo en orden: desató los pájaros, después de haber colocado una red de fibras de coco en la ventanita, preparó tres lechos de hoja fresca y llenó de agua los recipientes disponibles, pues allí cerca encontró una cisterna.

Emilio Salgari

— ¡Bravo, muchacho! — dijo Albani —, ¡Ahora podemos sostener aquí un largo sitio, sin inquietarnos mucho!

— ¿Cree usted que vendrán a sitiarnos? — preguntó el marinero.

— Si descubren los surcos de nuestro carreton, seguramente vendrán.

— ¿Y no se podría hacer desaparecer esos surcos?

— Necesitaríamos mucho tiempo, y correríamos el peligro de que nos sorprendiesen. Si quieren sitiarnos, que vengan; nos defendemos con las cerbatanas.

— Pero pueden forzar la galería.

— Hay aquí muchos pedruscos, y haremos una barricada, Enrique. Uno de nosotros hará guardia fuera, detrás de la cortina vegetal, y al primer indicio de peligro vendrá a advertirnoslo y cerraremos la galería.

— ¡Yo voy! — dijo Piccolo Tonno —. Sciancatello me hará compañía.

— Después te relevaremos — dijo el marinero.

El muchacho cogió su cerbatana, invitó a Sciancatello a seguirle, y se escondió en medio de las plantas trepadoras, mientras que sus compañeros, que no habían comido nada desde la noche anterior, se preparaban un refrigerio.

El día pasó tranquilamente. De cuando en cuando sonaba algún tiro de mosquete hacia

Devastaciones de los piratas

la montaña y algún otro hacia la costa septentrional; pero ningún pirata apareció en las cercanías de la caverna.

Debían suponer que los habitantes de la cabaña aérea se habrían refugiado en lo más espeso de los bosques del gran cono que dominaba la isla.

Antes de que se pusiera el sol, Albani y el marinero escalaron la roca gigantesca para ver si el *tia-kan-ting* pirata estaba todavía en la caleta.

Allí le vieron anclado en el mismo sitio que ocupaba por la mañana, y todavía sin el palo trinquete.

—Temo que pase tiempo antes que lo compongan—dijo Albani.

—Probablemente tendrá otras averías—respondió Enrique.

—Si están aquí días, van a descubrirnos.

—Y nuestros víveres también, señor. ¡Ya me parece vernos sin un pescado ni una tortuga!

—Con paciencia lo repondremos todo, Enrique; la energía y la buena voluntad no nos faltan.

—Es verdad; pero yo no me resigno con la idea de haber trabajado para esa canalla. Además, sabiendo, como ya saben, que en la isla hay habitantes, volverán más de una vez.

Emilio Salgari

—No creo que los pocos víveres que han encontrado los hagan caer en la tentación de hacer un segundo viaje: perderían el tiempo inútilmente. Además, desde la cima de la montaña habrán visto que la isla está desierta.

A todo esto, como la noche había cerrado, descendieron de la roca; pero el marinero se quedó fuera, escondido detrás de la espesa cortina de vegetales. Temiendo siempre una sorpresa, tomaron la decisión de hacer guardia también por la noche, para estar prontos a levantar la barricada.

Durante el primer cuarto de guardia nada ocurrió. Al mediar la noche Piccolo Tonno relevó al marinero en compañía de Sciancatello, quien se prestaba muy a gusto a tal servicio, cual si comprendiera que sus amos corrían grave riesgo.

Hacía ya más de dos horas que velaba el mozo, recostado entre las plantas que le ocultaban completamente y con la cerbatana al lado, cuando Sciancatello, que dormitaba a su lado, se levantó bruscamente dando un sor-do rugido.

—¡Oh! ¡Oh!—exclamó el muchacho—.
¡Sucedé algo!

Se levantó, y apartando con gran cuidado las plantas miró hacia el lindero del bosque; pero no vio nada. Estaba el cielo cubierto de

Devastaciones de los piratas

gruesas nubes, y por esta causa era más difícil distinguir una persona a distancia de doscientos o trescientos pasos.

—¿Habrá olfateado algún tigre?—murmuró el muchacho—. ¡Sería un enemigo tan malo como los otros!

El *mias* continuaba dando rugidos sordos y moviendo las orejas, como si tratase de recoger mejor lejanos rumores. A veces se inclinaba hacia tierra, y en seguida aspiraba fuertemente el aire por la nariz.

—Algo sucede en la floresta—dijo el muchacho, que comenzó a sentir alguna inquietud—. ¡Vamos a avisar a nuestros queridos compañeros!

Se deslizó por la galería y tiró de las pier-
nas al veneciano y a Enrique, diciendo:

—¡Pronto; levantaos!

—¿Son los piratas?—preguntó el marinero levantándose con la cerbatana en la mano.

—Yo no sé, pero Sciancatello da señales de inquietud.

—¡Salgamos!—dijo Albani—. ¡Los hombres de los bosques sienten a gran distancia al enemigo!

En un instante se encontraron los tres hombres en el exterior. Sciancatello seguía escuchando y gruñendo, con la cabeza vuelta hacia la plazoleta septentrional.

Emilio Salgari

— ¡De ahí viene el peligro! —dijo Albani.

— Pues yo no veo nada —dijo Enrique.

— ¿Pretenderás tener la vista que tiene el *mias*?

— ¿Habrán descubierto los piratas los surcos de la carreta?

— Lo temo, porque Sciancatello mira hacia esa parte.

— ¡Ah, mil terremotos!

— ¿Qué es?

— ¡He visto levantar el vuelo a un pájaro en aquella espesura!

— Habrá sido un murciélago gigante —dijo Piccolo Tonno.

— No; por el vuelo me ha parecido un Tucán.

— Entonces los enemigos vienen de ese lugar.

— ¡Silencio! ¡He sentido ruido de ramaje!

En aquel momento el *mias* lanzó un sonoro bramido e hizo ademán de lanzarse hacia adelante; pero el muchacho pudo contenerle.

— ¡Llévale a la caverna! —dijo Albani—
¡Podría descubrirnos!

Y mientras Piccolo Tonno se apresuraba a obedecer, se tendió en el suelo para que no le divisasen, con la cerbatana cerca de los labios. El marinero le imitó.

Los enemigos debían de avanzar guiándose

Devastaciones de los piratas

por los surcos de las ruedas del carretón, los cuales arrancaban de la cabaña aérea. De cuando en cuando se oían los crujidos de las ramas y de las hojas secas al ser pisadas; pero todavía no se les podía divisar a causa de la obscuridad, que parecía por momentos más intensa, pues seguían amontonándose en el espacio negrísimas nubes.

— ¡Mire usted! —dijo de pronto el marinero.

— ¡Veo! —respondió Albani.

— ¡Siguen los surcos de las ruedas!

— Sí, Enrique.

— ¡Y son varios!

— Apenas veas que se dirigen hacia donde estamos, apunta al más cercano, y yo apuntaré a otro. ¡Serán dos menos!

A unos cien pasos avanzaban entre las hojas y las hierbas varios cuerpos negros, los cuales se arrastraban con precaución.

Eran diez o doce, armados todos con fusiles.

— ¡Apunta bien! —murmuró Albani poniendo la cerbatana en los labios—. ¡Vienen derechos a la caverna!

— ¡Ya he escogido el mío!

Las dos flechas partieron, produciendo un silbido lastimoso. Los dos piratas que aparecían en primera fila se levantaron rápidamente lanzando gritos de dolor, mientras sus compa-

Emilio Salgari

ñeros descargaban sus armas a la ventura, pues no veían a los acometedores.

— ¡A la caverna! — exclamó Albani.

Protegidos por la cortina vegetal, se deslizaron rápidamente en el corredor, y acumulando con toda prontitud las piedras, obstruyeron el paso.

— ¡Pronto; hagamos la barricada! — continuó Albani.

Piccolo Tonno, que había encendido una vela, corrió en su ayuda, juntamente con Sciancatello. Hicieron rodar las masas de roca que abundaban en la caverna primera y las acumularon en el corredor.

A todo esto se oía vociferar fuera a los piratas, que gritaban como condenados y disparaban de cuando en cuando sus fusiles. No habían podido ver de dónde les lanzaron las flechas; no dieron con la entrada de la galería; pero no tardarían en descubrirlo si seguían los rastros del vehículo.

Los tres Robinsones y Sciancatello continuaban amontonando piedras, pues querían amurallar toda la galería de modo que impidiese avanzar a los asaltantes, o, por lo menos, hacerles muy difícil la entrada.

Ya estaba obstruido medio corredor cuando oyeron voces en el otro extremo.

— ¡Nos han descubierto! — dijo Enrique.

Devastaciones de los piratas

— ¡Pero no entrarán! —respondió Albani—. Tenemos más de doscientas flechas, y ya sabemos que nuestros proyectiles valen más que sus balas.

— ¡Nos sitiarán!

— ¿Y qué nos importa? ¡Tenemos víveres para ocho o diez meses!

— ¡Pero carecemos de agua, señor! —dijo Piccolo Tonno—. ¡No tenemos repuesto más que para diez o quince días!

— ¡Nos llegará, amigos míos! Este asedio no puede durar mucho. Preparar las armas, y disponeos a rechazar el asalto.

CAPÍTULO V

EL HURACÁN

La situación de los Robinsones era bastante grave, pues los piratas, furiosos con la muerte de cuatro de sus compañeros, parecían decididos a vengarlos y a intentarlo todo para poner la mano encima a los habitantes de la isla.

Como eran muchos y estaban armados de fusiles, y tenían, además, piezas de artillería, aun cuando fuesen pequeñas, no se podía fiar mucho en la resistencia que pudiera oponer a las embestidas de los asaltantes las masas de piedra que obstruían la galería. Sin embargo, los tres valientes náufragos del *Liguria* no parecían inquietos.

En lugar de perder el tiempo en discutir acerca de los mejores medios de defensa, continuaban trabajando con energía.

No satisfechos con haber cerrado la galería primera acumularon otros obstáculos cerca de

Emilio Salgari

la segunda, que conducía a la última gruta. Como dicha galería era muy estrecha y más tortuosa que la otra, se prestaba mejor a la defensa, pues no podían entrar los asaltantes más que uno a uno.

Terminados todos los preparativos, volvieron a la caverna primera para informarse de lo que hacían los piratas.

El ataque no comenzaba todavía. Oían hablar a los sitiadores, que de cuando en cuando disparaban contra las piedras, que formaban una masa compacta, o las golpeaban con las culatas de los fusiles.

Parecía que deliberaban o que esperaban socorro.

—Esperarán a que salga el sol—dijo Albani—para ver si esto tiene alguna otra entrada.

—¡Perderán el tiempo inútilmente!—dijo el marinero.

—Pero la galería tiene una ventana—dijo el mozo.

—Es tan pequeña, que no puede pasar por ella ni un niño—repuso Albani—. Además, está a una altura de quince pies, y la roca es completamente lisa.

En aquel momento resonó un disparo que despertó los ecos de la caverna e hizo ponerse en pie bruscamente a los animales: un pirata había metido por el agujero de las piedras

Devastaciones de los piratas

el cañón de su fusil, sin conseguir otro efecto que armar un estrépito de los diablos, pues la bala debió de estrellarse contra otras piedras.

— ¡Desperdician la pólvora! —dijo Enrique riendo.

— ¡Y pierden el tiempo! —añadió Piccolo Tonno—. Únicamente lo siento por nuestros animales, que al oír esta música, nueva para ellos, se espantarán.

Los disparos se sucedían con frecuencia, haciendo un ruido ensordecedor, pero sin ventaja alguna, pues todas las balas se estrellaban en aquellos obstáculos que formaban un muro de cuatro metros de espesor.

Solamente penetraba un poco de humo en la caverna a través de las hendrijas; pero al llegar a la segunda gruta salía por la ventana.

Sin embargo, los piratas se convencieron en seguida de la inutilidad de sus tiros de fusil, porque cesaron en ellos. En lugar de esto, se oyó golpear fuertemente contra la sólida barrera, cual si trataran de abrir agujeros para introducir sus armas y hacer más eficaces los tiros; pero como la galería era de forma de embudo, las piedras se sostenían fuertemente y era difícil desencajarlas: hubiera sido preciso un ariete o una pieza de artillería para demoler aquella enorme masa.

Ya había despuntado el día y todavía los

piratas no habían logrado forzar el paso. Los Robinsones se felicitaban de aquel primer suceso, cuando oyeron fuera gritos de alegría.

— ¡Terremotos y relámpagos! —exclamó el marinero, que se puso nervioso—. ¿Qué será lo que habrán discurrido?

— ¿Habrán descubierto otra entrada? —preguntó Piccolo Tonno, echando una mirada en derredor.

— Se les habrán unido sus compañeros; acaso los que registraban ayer la montaña —dijo Albani—. ¡Bah! ¡Diez o treinta, todo es lo mismo! Si...

Una formidable detonación que hizo retemblar el piso de la caverna le cortó la palabra.

— ¡Una mina! —exclamó el mozo.

— No; es un disparo de culebrina —respondió el marinero—. ¡Conozco esas armas!

— ¡No será con balas de una libra con lo que desharán la barricada! —dijo Albani, que conservaba una calma admirable—. ¡Tirad con comodidad, señores saqueadores del mar; y tú, mientras tanto, mi Piccolo Tonno, prepara algo que poner entre los dientes!

Los piratas se habían detenido después de aquel primer zambombazo, acaso para ver el efecto que producía; pero muy pronto reanudaron el fuego.

El marinero y el señor Albani oían chocar

Devastaciones de los piratas

las balas en los pedruscos; pero la masa que obstruía la galería era tal, que se hubieran necesitado cien libras de pólvora para abrir una brecha.

Al décimo disparo, una bala que se deslizó de rebote por entre las piedras penetró en la caverna y fue a clavarse en la pared opuesta.

— ¡Oh! ¡Oh! —exclamó el marinero—. ¡La cosa se pone seria, señor Albani!

— ¡Ya es tiempo! —repuso el veneciano.

— ¡Si continúan con esa música, concluirán por abrir un agujero!

—Y nosotros contestaremos con nuestras flechas.

— ¡Pero si se atreven a entrar...!

— ¿Tendrán tiempo para eso?

— ¿Qué quiere usted decir?

— ¡Escucha! —dijo el veneciano.

Se había oído en lontananza como un rumor sordo.

— ¿Un trueno? —preguntó Enrique.

— Un huracán que avanza y que viene en nuestra ayuda —respondió Albani—. Hace una hora que ruge el trueno y que oigo deshacerse las olas con creciente empuje contra la base de la roca.

— Entonces, ¿contaba usted con este aliado, señor Albani?

— Sí, Enrique. Dentro de muy poco comen-

Emilio Salgari

zará a soplar el viento, y el mar se pondrá borrascoso; y como en la isla no hay bahía resguardada, los piratas se verán obligados a correr al largo, o su *tia-kan-ting* se hará pedazos contra la costa. Esta es la razón por la cual estaba tranquilo y seguro de la inutilidad de los esfuerzos de esas gentes. ¿Oyes?

—Sí; el trueno que retumba lejano.

Mientras tanto los piratas continuaban disparando sus fusiles contra la galería, cada vez con más furia.

Debían de presentir el peligro que podía correr su *tia-kan-ting*, porque redoblaron los esfuerzos para derribar aquel obstáculo, que ofrecía tan increíble resistencia.

De tiempo en tiempo suspendían el fuego y golpeaban la barricada con gruesos troncos de árbol; aquellos golpes producían mayores daños que las balas, porque desencajaban las piedras medio fragmentadas.

Los tres Robinsones, que comenzaban a inquietarse, pues tardaba en estallar el huracán, se colocaron detrás de los dos ángulos de la caverna para que no los hiriesen los gruesos proyectiles de las culebrinas, y espiaban el momento oportuno para lanzar sobre los asaltantes sus flechas envenenadas.

También Sciancatello se les había unido em-

Devastaciones de los piratas

puñando una tranca formidable, arma terrible en sus manos.

Fuera seguía resonando el trueno, y las olas se rompían con furor creciente contra la base de la gran roca; pero todavía no se había desencadenado el viento. Tan sólo algunas ráfagas pasaban rastreando sobre la isla.

De pronto los pedruscos sacados de su apoyo por las balas cedieron ante un último y más vigoroso golpe, dado, probablemente, con el tronco de un árbol de gran peso y con toda la fuerza de los asaltantes, que debían de ser muchos.

Se abrió una brecha cerca de la bóveda de la galería y penetró por ella un rayo de luz.

Introdujeron varios fusiles e hicieron una descarga: las balas fueron a incrustarse en la pared opuesta.

El marino y Albani, rápidos como el relámpago, apenas vieron retirar las armas, apuntaron las cerbatanas y lanzaron dos dardos a través de la brecha.

Un grito agudo les advirtió que los proyectiles no se habían perdido.

— ¡Uno que no robará ya más! —dijo el marinero, muy alegre con aquel éxito—. ¡Adelante! ¡A ver a quién le toca ahora!

Los piratas, sorprendidos ante aquella resistencia y precaviéndose contra las flechas,

Emilio Salgari

que ya sabían que estaban envenenadas, abandonaron rápidamente la entrada de la galería.

— ¡Ocupemos el puesto! —dijo Enrique.

— ¡No! —repuso Albani—. ¡No cometamos imprudencias!

— Si se han retirado, señor. La luz del día entra libremente a través de la brecha.

— ¡Pueden espiarnos!

Un golpe formidable sacudió la masa de piedras, haciendo caer varias.

Enrique, Albani y el muchacho contestaron con tres flechas.

Otro grito resonó fuera, seguido de un clamoreo espantoso y de las detonaciones de varios fusiles.

Casi en el mismo instante una luz lívida iluminó la segunda caverna, acompañada por una descarga eléctrica tan fragorosa, que pareció que la roca se hundía sobre los asediados.

— ¡El huracán! —exclamó alegremente Albani—. ¡Al fin vamos a vernos libres de esos bribones! ¡Teneos firmes y no economicéis las flechas!

Los dos marnieros no escatimaban los dardos. Ocultos detrás de los ángulos de la galería, proseguían arrojando proyectiles a través de la brecha.

Devastaciones de los piratas

Los piratas, viendo que no podían acercarse sin sentirse heridos, se desahogaban descargando los mosquetes a través del corredor, pero sin resultado.

Sin embargo, furiosos de que los tuvieran en jaque tan pocos defensores, volvieron a coger la catapulta, y lanzándola con gran ímpetu lograron agrandar el agujero y desmoronar la barricada.

Un hombre, el más audaz, se lanzó en la galería, y penetró en el interior antes que los Robinsones hubiesen podido verle, pues la obscuridad era profunda a causa de las espesas nubes que se condensaban en el cielo; pero Sciancatello le atizó un leñazo tan brutal, que le hizo huir dando alaridos de dolor.

—¡En retirada!—mandó Albani, viendo que se agolpaban otros enemigos bajo la galería.

Los tres hombres y Sciancatello se lanzaron a la segunda caverna, acumulando en el corredor piedras, fardos de víveres, recipientes de agua y, detrás, la carreta.

El huracán soplaba entonces con rabiosa ira; los relámpagos se sucedían sin interrupción; los truenos retumbaban, recorriendo toda la escala de tonos en menos de un minuto, y sobre el mar se oía rugir el viento, mientras

Emilio Salgari

las olas saltaban, alcanzando la ventana de la caverna con sus espumas.

Sus gritos de victoria se cambiaron bien pronto en gritos de rabia y desilusión. Sin embargo, resueltos a vengar a sus compañeros habían asaltado la barricada y la golpeaban con el tronco de un árbol, cuando se oyó en la lejanía un cañonazo, seguido al poco tiempo de otro disparo.

El asalto cesó de repente. Todavía se oyeron gritos, pero no de alegría, y que parecían alejarse rápidamente.

— ¡Se han marchado! —dijo Albani, que escuchaba conteniendo la respiración.

— ¡Sí! —dijo Enrique—. ¡Esos disparos eran señal de peligro!

— ¡Amigos míos, podéis dar gracias al huésped!

— ¡A la ventana, señor! —gritó Piccolo Tonno.

El veneciano se dirigió hacia la ventana y miró.

El mar tenía un aspecto terrible. Enormes olas de color verdinegro corrían locamente hacia las peñas y calas de la isla, rompiéndose contra las escolleras con violencia indescriptible, mientras que un viento impetuoso descendía hacia las negras masas de agua y los rayos describían sus refulgentes zig-zags.

Se veían los árboles que se alzaban en

Devastaciones de los piratas

cumbre de la roca retorcerse como aristas de paja, mientras que las ramas y las hojas volaban en todos sentidos.

— ¡Es un verdadero ciclón! —dijo el marinero.

— ¡No quisiera encontrarme a bordo del *tia-kan-ting*!

— ¡Seguramente no abandonará la cala! —repuso Piccolo Tonno.

—Entonces, las olas lo estrellarán contra las escolleras—dijo Albani—. En la cala no hay ningún abrigo y no tienen más remedio que coger el largo.

— ¡Espero que se ahogarán todos! —dijo Enrique—. ¡Helo allí doblando aquel cabo! ¡Mire usted, señor Albani!

El veneciano volvió los ojos hacia el norte y vio, en efecto, que el *tia-kan-ting* huía hacia el este, solamente con las velas bajas terciadas. Saltaba desesperadamente sobre las olas, ora apareciendo sobre su cresta espumante, ora desapareciendo en las profundidades.

— ¡Que el mar os trague a todos! —gritó el marinero—. ¡Ese es mi deseo!

Pocos minutos después, la pequeña nave desaparecía en el horizonte, mientras el huracán se desencadenaba con extrema violencia.

CAPÍTULO VI

EL VARADERO DE LA CHALUPA «ROMA»

Durante todo el día y toda la noche el huracán siguió reinando sin interrupción, levantando olas de monstruosa altura, arrancando numerosos árboles, especialmente a lo largo de la costa, e inundando los terrenos bajos. El trueno no calló un instante, con gran susto de los animales encerrados en la caverna.

Los Robinsones, aun cuando desearan ardientemente visitar la costa septentrional para apreciar la gravedad de los daños y asegurarse de si los piratas habían descubierto los viveros, cosa que temían, no se determinaron a abandonar su refugio.

Al día siguiente, un fuerte golpe de viento del este arrojó las nubes al oeste y el sol volvió a lucir.

Sabiendo que el buen tiempo debía durar muy poco, por la proximidad de la estación de

Emilio Salgari

las lluvias, los náufragos del *Liguria* aprovecharon aquella tregua para ir a la costa.

Engancharon la babirusa al carretón, y siguiendo el descampado se dirigieron hacia el sitio donde dos días antes se elevaba la elegante y atrevida cabaña aérea.

No había rastro alguno de los piratas, pues se habían llevado con ellos, no tan sólo las armas de los hombres muertos con las flechas mortales, sino también los cadáveres. Tan sólo dejaron abandonadas fuera de la caverna algunas balas de las culebrinas.

El huracán había causado grandes estragos a lo largo de la costa que recorrían. Numerosos árboles estaban en tierra, arrancados por la violencia del viento o heridos por los rayos; otros muchos aparecían desmochados de hojas y ramas. En el suelo había montones de fruta de todas especies y de plantas trepadoras, especialmente de *nepentes* y *cálamos*.

Cuando llegaron al descampado, sobre la playa y cerca de la caleta, sintieron un gran desconsuelo al ver la destrucción bárbara realizada por los piratas. La cabaña estaba totalmente hecha pedazos, y trozos de los pies de sustentación los habían empleado aquellos merodeadores del mar en alimentar el fuego que encendieron para cocinar.

Las empalizadas de los recintos yacían

Devastaciones de los piratas

arrancadas y deshechas; el huerto también aparecía devastado y pisoteado; pero, por fortuna, apenas habían despuntado las plantas y no habían podido arrancarlas.

— ¡Miserables! — exclamó el marinero, que parecía que iba a reventar de ira—. ¡Qué devastación! ¡Qué placer tan grande convertir en ruinas nuestra cabaña y nuestros recintos!

— ¡No nos desanimemos, amigos! — dijo Albani—. ¡No nos falta energía, y en una semana podremos reparar todos estos destrozos!

— ¿Volveremos a construir otra cabaña?

— Y más amplia que la primera, Enrique. La plantación de bambúes se halla dispuesta a darte cuantos materiales necesites. ¡Vamos a ver si han respetado los viveros!

Tuvieron el consuelo de encontrarlos intactos. Como estaban escondidos entre las rocas más elevadas, habían escapado de la furia de los devastadores, que no se ocuparon en registrar la costa.

Muy contentos con aquel descubrimiento, visitaron la pequeña rada con la esperanza de que los piratas, por lo precipitado de su marcha, hubiesen dejado abandonado en la playa algún objeto que pudiera serles útil; pero no encontraron más que el árbol de trinquete del *tia-kan-ting*, sin cuerda alguna.

Lo examinaron y vieron que hacia la mitad

Emilio Salgari

de su altura estaba mordido por un proyectil de considerable calibre.

—Con esa avería no hubieran podido continuar su viaje—dijo Albani—. Han arribado aquí para cambiarlo, previniendo que no estaba lejana la época de las lluvias, en la cual se producen a menudo formidables huracanes.

—¡Es verdad!—confirmó Enrique.

—¿Cree usted que el *tia-kan-ting* se haya salvado del huracán? —preguntó Piccolo Tonno.

—¡Hum! Tengo mis dudas—repuso Albani—. No me sorprendería si un día cualquiera las olas o las corrientes nos trajesen sus restos o los de su baje. Amigos míos, empuñemos nuestros útiles de trabajo y volvamos a cortar postes y puntales. Las grandes lluvias no están lejos, y apenas si tendremos el tiempo necesario para reconstruir la cabaña.

—Tenemos la caverna, señor—dijo Piccolo Tonno.

—Pero prefiero la cabaña—dijo Enrique—. Allá dentro me parece que estoy preso. ¡A trabajar!

No perdieron el tiempo los tres Robinsones. La plantación de los bambúes no estaba lejos y dio el material necesario para la obra y para rehacer los recintos de los animales.

La cabaña, elevada en el mismo sitio donde

Devastaciones de los piratas

se alzó la primera, era más amplia, más cómoda y más sólida, pues habían puesto dobles sostenimientos y alargado la techumbre de modo que cubriese toda la terraza.

Diez días después estaba terminada, incluso los recintos de los animales. Esta parte era también mayor, y con un cobertizo a todo lo largo para poner a cubierto de las lluvias las aves, los cuadrúpedos y los monos.

Por último, labraron de nuevo el huerto, labor que realizó el mono, y lo circundaron con una empalizada para defenderlo de los destrozos que pudieran producir los animales salvajes. Terminados todos estos trabajos, fueron a la caverna para llevar los animales al nuevo domicilio. Aun cuando Piccolo Tonno los había cuidado llevándoles diariamente comida fresca y agua, las pobres bestias parecían muy tristes en aquella prisión tan escasa de aire y de luz; así, pues, mostraron gran alegría al volver al recinto.

El 25 de octubre, Albani y el marinero, aprovechando el buen tiempo, hicieron una rápida exploración en los bosques de la costa oriental. Hacía varios días que los atormentaba el deseo de buscar el cadáver del pirata que por poco los descubre cuando se hallaban escondidos entre las ramas del árbol. Esperaban que no le hubiesen encontrado sus

Emilio Salgari

compañeros y, por lo tanto, que podrían apoderarse del fusil y de sus municiones.

Como aquella parte de la floresta la habían atravesado corriendo, no les era fácil dar con el árbol en que se ocultaron; pero al cabo de largas y pacientes rebuscas concluyeron por descubrir el cadáver. No quedaba de él más que el esqueleto, malamente descarnado por los tigres. El fusil y las municiones habían desaparecido; pensaron que se los habrían llevado los otros piratas; pero sobre una mata cercana encontraron el corto y pesado cuchillo-puñal de acero, arma que podía serles de mucha utilidad.

—Se empleará en la construcción de la chalupa—dijo Albani.

—¿Todavía piensa usted en construirla?—preguntó el marinero.

—Sí, por cierto; pues siempre tengo vivo el deseo de visitar la costa meridional de la isla.

—¿Quiere usted ver si encuentra los hombres que perdieron la cápsula y que encendieron aquel fuego que divisó desde la montaña?

—Sí, Enrique.

—¡Si los piratas no los han matado!

—No es posible que hayan podido llegar hasta la costa meridional de la isla. Si así hubiera sido, no habrían podido venir a asediar-

Devastaciones de los piratas

nos tan pronto en la caverna. Volvámonos, amigo mío; el cielo comienza a nublarse, y muy pronto tendremos agua. Ahora ya ha terminado la buena estación.

El veneciano no se engañaba. Al día siguiente las lluvias torrenciales comenzaron con gran violencia y casi sin interrupción.

Desde el amanecer hasta la puesta del sol, y aun durante gran parte de la noche, se sucedieron aguaceros violentísimos, acompañados de relámpagos cegadores y de sacudidas tan formidables, que parecía que la isla entera iba a hundirse.

Vientos huracanados soplaban frecuentemente encrespando el mar, cuyas olas se rompían sobre la playa, y produciendo bruscos cambios de temperatura, sobre todo por la noche.

Por todas partes se formaban lagunas y torrentes que iban derechos al Océano; tanta humedad, en vez de producir estragos en los bosques, favorecía su desarrollo.

El mismo huerto agradecía los violentos rios del cielo, pues las patatas dulces, las cebollas y demás tubérculos crecían a ojos vistas.

Nuestros Robinsones no podían salir de la cabaña aérea; pero no por eso permanecían ociosos, y encontraron modo de emplear el tiempo.

Emilio Salgari

Habían construído un anafre de arcilla, que colocaron en medio de la casa, y sentados alrededor del fuego remendaban sus ropas, ya muy destrozadas, hacían nuevas chaquetas con los restos de la lona de las velas, y el señor Albani daba lección a los dos marineros, que hacían extraordinarios progresos, aun cuando al principio se hubiesen visto muy apurados, pues nunca habían cogido una pluma entre los dedos.

Parecerá muy extraño que tuviesen papel, tinta y pluma; pero el señor Albani había encontrado todo sin gran dificultad.

La floresta, y siempre la floresta, le había suministrado dichas cosas.

Para obtener el papel recurrieron al *gluga* (*brousanética papyrífera*), llamado por los javaneses y malayos *daluwang*, del cual sacan el papel conocido con ese nombre.

El señor Albani escogió varias plantas adultas y les arrancó la corteza, que hizo macerar después de cortarla en pedazos cuadrados. Al cabo de algunos días la extrajo del agua, la golpeó con un mazo de madera e hizo con ella hojas más o menos grandes, las cuales adquirirían al enjugarse la consistencia necesaria.

Debía haber sumergido aquellas hojas en agua de arroz; pero como carecía de ella, las

Devastaciones de los piratas

bañó en una cola muy clara de fécula de *sagú*, obteniendo el mismo resultado.

Con procedimiento tan sencillo, usado hace siglos por los pueblos de la Malasia, obtuvo un centenar de hojas de papel bastante bueno, en el cual se ejercitaban los marineros.

Las plumas se las proporcionó la *arenga sacarífera*. Esta preciosa planta, además de dar, como ya hemos dicho, el *toddy*, o licor azucarado, el *tuwak*, licor que embriaga, las fibras de *gamiti*, con las cuales se hacen cuerdas muy sólidas que no se pudren aun cuando estén largo tiempo bajo el agua, y una especie de algodón que se emplea como yesca y que es susceptible de ser hilado, suministra también las plumas de escribir a los malayos y a los javaneses. Para obtenerlas se escogen las fibras más gruesas que se hallan en las hojas y que sirven para la fabricación del *gamuti*, y se disponen de modo que se pueda trazar con ellas rasgos, etc. Más que plumas son pinceles.

Los marineros supieron adaptarse en seguida al manejo de tales plumas.

Más difícil fue encontrar la tinta; pero, al cabo de mucho buscar, también fue vencida esta dificultad con mayor éxito del que se esperaba. La floresta la suministró, como todo.

El señor Albani había visto en una de sus

Emilio Salgari

excursiones varios árboles conocidos por el nombre de *eucalyptus microcorys* o árbol del sebo, así dicho porque después de cortados conservan cierta untuosidad.

Al principio no hizo caso alguno, aun cuando no ignoraba que de dichos árboles se extrae un aceite esencial que emplean y buscan mucho los barnizadores; pero después se acordó que de los esquejes de aquellos troncos se extrae una buena tinta teniéndolos sumergidos en agua durante algún tiempo.

Hizo la prueba cortando unos pedacitos y poniéndolos en una cazuela llena de agua juntamente con un pedazo de hierro; al cabo de tres días se encontró con una tinta negrísima y de buena calidad.

Como se ve, los náufragos, gracias a una actividad incansable, podían esperar tranquilamente el término de la estación de las lluvias sin sufrir aburrimiento ni inquietudes.

Quince días más tarde las lluvias violentas habían cesado. Todavía llovía en abundancia, pero a intervalos, en la madrugada y hacia la noche, por efecto de los vientos del sur, que acumulaban en esas horas sobre la isla grandes masas de vapores.

Era preciso una canoa, pues no creían cosa fácil atravesar la larga floresta que los separaba de las playas del otro lado, sabiendo, ade-

Devastaciones de los piratas

más, que en los bosques pululaban los tigres, y que en caso de peligro difícilmente podrían volver con rapidez a la cabaña para defender las riquezas allí reunidas con tantos trabajos e ir en socorro del que quedara de guardián de la posesión.

Con una chalupa de vela, el regreso era más fácil y rápido.

Pero la gran dificultad consistía en el modo que debían emplear para construirla. Árboles no faltaban: herramientas eran las que hacían falta, pues no poseían más que el hacha, la cuchilla del pirata y algunas barrenas que habían hecho con las barras de hierro de los penoles. Si tuviesen que ahuecar el tronco con aquellas herramientas, necesitarían meses, y, además, no resistiría el hacha, que estaba ya medio consumida, pues la habían afilado más de veinte veces.

—¿Y si empleásemos el fuego?—dijo el marinero—. Yo sé que los isleños del Gran Océano no emplean otro medio.

—¡He ahí una idea que no se me había ocurrido!—dijo el veneciano—. Con el fuego podemos llegar al fin que perseguimos: ahora es preciso encontrar el árbol.

—Sé dónde hay un *durión* de dimensiones gigantescas, señor Albani—dijo el mozo.

—Pero que no esté muy lejos de la playa.

Emilio Salgari

—A pocos pasos; desde la plataforma podemos verlo.

—¡Vamos!

Salieron a la plataforma, y el muchacho enseñó a sus compañeros un árbol enorme que se hallaba cerca de una cala pequeñita situada detrás de la caverna marina donde se habían encontrado el monstruo en la madrugada que llegaron a la isla.

Aquel *durión* tenía más de cuarenta metros, y un diámetro de dos y medio. Cortándolo de modo que cayese sobre el parapeto de la playa, el lanzamiento de la chalupa sería muy fácil.

—Aprovechemos esta clara del tiempo—dijo el veneciano—. Mañana por la mañana puede estar en tierra el tronco.

Cogieron el hacha y se dirigieron hacia la minúscula ensenada, cuya escollera descendía suavemente hacia el mar como un pequeño astillero.

El *durión* se alzaba en la misma cresta del borde, y cortándole o quemándole por el pie, necesariamente tenía que inclinarse hacia el agua.

—Nos ahorraremos mucho trabajo—dijo el veneciano después de haber examinado el terreno—. Hacer descender la chalupa hasta el agua será fácil. ¡Ánimo, amigos; cortemos

Devastaciones de los piratas

algunos arbolillos para deslizar sobre ellos el tronco del *durión* cuando haya llegado el momento oportuno!

Muy cerca de allí crecían algunos mangostanes, árboles que tienen el tronco liso y perfectamente redondo. Cortaron cuatro y los colocaron en la playa, a una distancia de cinco metros uno del otro, y en seguida empezaron a cortar con gran empeño la base del árbol gigantesco.

Era una labor larguísima y dura; pero como no poseían una sierra, no se podía escoger otro medio. Si estuviera seco el árbol, hubieran encendido fuego en derredor; pero la corteza estaba demasiado húmeda para arder.

Todo el día manejaron el hacha, relevándose de media en media hora; pero se hizo de noche antes de que hubiesen llegado a cortar la mitad del tronco.

Arrancaron toda la corteza de alrededor, reunieron grandes montones de ramas secas y les prendieron fuego, pensando carbonizar así una parte de las fibras interiores, lo cual simplificaría la labor del día siguiente.

No quedaron defraudadas sus esperanzas: al amanecer vieron carbonizada una parte de la base del colosal *durión*. Con pocos hachazos ya se le podía tumbar.

Buscando el modo de hacerle caer hacia el

Emilio Salgari

mar y sobre los rodillos del mangostero, mandaron a Sciancatello a lo alto del árbol para que atase cuerdas de *rotang*; después, mientras el muchacho daba los últimos hachazos, el veneciano y el marinero se colocaron en los dos extremos de la pequeña rada, haciendo vigorosos esfuerzos con las cuerdas. El *mias* los ayudaba, poniendo a contribución su extraordinaria fuerza.

A las diez de la mañana, después de una ligera oscilación, el gigante cayó con gran estrépito sobre los troncos rodillos. Sus enormes ramas se sumergieron en el agua de la cala, levantando verdaderas olas.

— ¡Hurra! ¡Hurra! — gritaron los dos marineros alegremente.

— ¡Lo más está hecho! — dijo el señor Albani, que no estaba menos contento que sus compañeros—. ¡Dentro de quince días tendremos la chalupa!

Como el tronco tenía cuarenta metros, decidieron quemar una gran parte, dejando diez para la construcción del barco.

El mozo se encargó de aquella fácil operación, pues no había que hacer otra cosa que coger leña y procurar que el fuego no se apagase. El veneciano y el marinero se dedicaron a construir la nave.

La persistencia de la estación de las lluvias

Devastaciones de los piratas

les obligó a levantar un cobertizo para poder trabajar resguardados en él. Los bambúes fueron puestos a contribución en esta nueva obra, en la cual emplearon tres días.

Mientras Piccolo Tonno mantenía una hoguera infernal en derredor del tronco y carbonizaba lentamente la parte que no era necesaria, el veneciano y el marinero manejaban el hacha y el pesado cuchillo del pirata, explotando la parte superior.

Hecho esto, recurrieron al fuego acumulando una gran cantidad de carbones encendidos, los cuales iban poco a poco destruyendo las fibras interiores del *durión*, que después pulían con las armas.

Necesitaron diez días para socavar el árbol, otros tres para cortar la proa y otros tantos la popa.

El 28 de octubre colocaron las bancas y el palo, el 29 el timón ocupaba su lugar, y el 30, a las diez de la mañana, quedaba flotando en el varadero, entre los hurras de los marinos.

La embarcación medía nueve metros y podía desplazar seis toneladas. Era un poco pesada, pero flotaba muy bien, y con la vela debía de bogar admirablemente.

— ¡Pongámosle un nombre, señor! —dijo el marinero antes de izar la vela.

Emilio Salgari

—Le daremos un nombre que recuerde nuestra patria, tan lejana—dijo el veneciano.

Se quitó el sombrero hecho con fibras de *rotang*, y con voz conmovida gritó:

—¡Viva nuestra *Roma*!

—¡Viva nuestra *Roma*! ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra! —gritaron los marineros descubriéndose.

—¡Arriba la vela!—dijo Albani—. ¡A la barra, Piccolo Tonno!

El penol se izó en el árbol, llevando la vela, que se hinchó en seguida con la brisa del noroeste. El marinero lió la escota, y el mozo puso la barra a la orza.

La *Roma* viró de bordo, dejó la playa a estribor, remontó la escollera que surgía de la caverna marina y se lanzó a las olas, graciosamente inclinada a babor.

Bogaba como un pájaro de mar, saltando con ligereza y rompiendo las olas espumantes. Parecía haber perdido su pesadez, y no oponía dificultad alguna a las brascas viradas de bordo que le imprimían el mozo y el marinero.

Después de haber bordeado un poco al largo los Robinsones viraron hacia el este, pues querían visitar aquella parte de la playa que se unía a su caverna y que no habían podido observar todavía por impedirlo la elevación de las rocas talladas a pico que la defendían.

Devastaciones de los piratas

Como el viento les era favorable aun para la vuelta, pues soplabá el levante, pusieron la proa al sureste, manteniéndose a alguna distancia de la costa.

Varias escolleras defendían por aquel lado la isla, agujereadas y minadas por la eterna acción de las aguas. Se veían cavernas marinas muy espaciosas, dentro de las cuales se precipitaban las olas haciendo un ruido ensordecedor, y de las cuales se veían salir de cuando en cuando tentáculos armados de ventosas.

En aquellas negras cavidades debían abundar grandes pólipos y cefalópodos, no tan grandes, sin embargo, como el que asaltara a los náufragos

También abundaban los peces, que nadaban a través del agua tranquila y transparente de pequeños senos.

El veneciano, que todo lo observaba con atención, vio que el mozo metía en el agua un brazo con el cuchillo para clavar una especie de *raya*, de cuerpo muy extendido y redondeado en forma de disco, y con las aletas de los pectorales, así como la cola, muy anchas, que pasaba cerca de la proa; el veneciano, repetimos, dio un grito y le detuvo.

— ¡Imprudente!

El muchacho le miró sorprendido.

Emilio Salgari

— ¡Era un hermoso pescado para cenar, señor—dijo.

— ¡Pero que te hubiera inutilizado para un rato!—añadió Albani—. Las descargas eléctricas de esos peces no dan gusto ninguno.

—¿Qué pez es ése?

—Un pez torpedo.

— ¡Ya lo creo!—dijo Enrique—. ¡Conozco esos peces del diablo!

—Pues yo no los he visto nunca—contestó el mozo.

—Te digo que poseen una verdadera batería eléctrica. ¿Verdad, señor Albani?

—Sí, Enrique; una batería que entorpece los miembros y hace saltar de dolor a quien recibe la descarga.

—Pero yo no tenía intención de cogerle con la mano, sino de clavarle el cuchillo.

—Hubieras sufrido la descarga lo mismo. Poseen tal fuerza fulminante, que la comunican a los cordeles de las redes que sostienen los pescadores; he visto más de una vez caer a tierra a un pescador por haber puesto el pie encima de la arena bajo la cual se había escondido el pescado.

—¿Poseen, en efecto, una verdadera batería eléctrica?—preguntó el marinero.

—Algo parecido a eso. Sus escamas son unos discos diminutos constituidos por una

Devastaciones de los piratas

substancia especial, dispuestas en pilas verticales y sobrepuestas, y a las divisiones membranosas van a parar múltiples vasos e hilos nerviosos que terminan en la superficie de los discos.

—Armados de ese modo, no se dejarán comer por sus enemigos.

—No, porque pueden hacer la descarga y producir la conmoción a cierta distancia; pero después de la primera descarga pierden gran parte de su fuerza defensiva, y...

—¿Qué es?

—¡Mirad allá, cerca de aquella escollera!— dijo Albani, que se había levantado de improviso—. ¿No veis algo que zarandean las olas?

—Sí—dijeron los dos marineros—; parecen los restos de un buque.

—¡Gobierna hacia allí, Piccolo Tonno!— dijo el veneciano.

La chalupa se apartó de la playa y se dirigió hacia una masa negruzca que se debatía contra una serie de sirtes que asomaban a flor de agua.

A los pocos minutos llegaban al sitio indicado. En efecto; eran los restos de un barco, un pedazo de popa de una embarcación pequeña, que debía de estar pintada de negro. En un trozo de dicha popa se distinguían unas

Emilio Salgari

letras blancas, pero que el agua salada había corroído, haciéndolas indescifrables.

—¡Mil terremotos!—exclamó el marinero—. O yo me engaño mucho, o esa es la popa del *tia-kan-ting* de los piratas.

—También yo me lo figuro—dijo Albani—. Recuerdo haber visto en la popa letras y signos pintados de blanco.

—¡Dios ha castigado a aquellos canallas, señor! El mar se los ha engullido a todos.

—Lo había previsto. Era imposible que pudiesen afrontar con una embarcación tan pequeña aquel formidable huracán. Ahora ya podemos emprender con tranquilidad nuestro viaje alrededor de la isla.

Iba a ponerse el sol. Temiendo que cambiase de dirección el viento, viraron a bordo, y una hora después entraban en la pequeña cala.

—¿Estáis contentos, amigos?—preguntó el veneciano desembarcando.

—¡Tan contento, señor, que yo no pienso en salir de esta isla!—dijo el marinero.

—Ni yo tampoco—agregó Piccolo Tonno—. ¡Aquí me quedo, aun cuando vengan a buscarme diez barcos! ¿Qué es lo que nos hace falta? Hemos llegado sin tener un pedazo de pan, y ahora somos más felices que un rey. ¿Qué más podemos desear?

Devastaciones de los piratas

—Cierto, señor; y todo esto se lo debemos a su actividad y a su ciencia—añadió Enrique.

—¡Gracias, señor Albani! ¡Le debemos la vida!

—¡Abrazadme, amigos míos!—dijo conmovido el veneciano—. ¡Yo soy feliz, puesto que estáis contentos!

CAPÍTULO VII

LOS INCENDIARIOS DEL «LIGURIA»

Veinte días después del lanzamiento de la chalupa, y habiendo pasado la estación de las lluvias, comenzaron los preparativos para la partida, resueltos ya a explorar la costa meridional de la isla y a saber quiénes eran los misteriosos individuos que habitaban en aquella parte de sus posesiones.

Como no podían abandonar a los animales ni tampoco el huerto, porque lo saquearían los monos, resolvieron que se quedara de guardia en la cabaña Piccolo Tonno. Por su parte, el muchacho había aceptado de muy buena voluntad permanecer en tierra en compañía de Sciancatello y de los dos simios, pues querían velar por la conservación de las riquezas acumuladas con tantos trabajos.

En la mañana del 16 de noviembre, el veneciano y el marinero, después de haber embar-

Emilio Salgari

cado las provisiones necesarias para una semana y de haberse despedido de Piccolo Tonno con un abrazo, saltaron en la chalupa.

— ¡No tenga usted cuidado, señor—dijo el mozo—; cuidaré del huerto y de los animales. ¡Buen viaje!

La chalupa cogió el largo, y rebasada la pequeña península que cerraba por poniente la bahía, viró costearo la isla. El mozo desde lo alto de la roca, con Sciancatello al lado, los saludaba con el sombrero de fibras de *rotang*.

Era una mañana espléndida; el cielo estaba purísimo, teñido de color azul intenso, y el sol lucía con todo su brillo alzándose majestuosamente en el horizonte.

El mar, que estaba tranquilo, apenas se rizaba con los soplos regulares del vientecillo del este. Tan sólo las olas de la resaca, saltando y montándose unas en otras y deshaciéndose en una lluvia de oro, se rompían junto a la playa.

La chalupa navegaba con rapidez a cuatrocientos metros de la costa; la hinchada vela imprimía una marcha serena a la embarcación, cuya popa dejaba tras sí una estela de espuma.

El marinero se había colocado cerca de la escota y masticaba dulcemente su *siri*, y e

Devastaciones de los piratas

señor Albani se sentó al lado de la barra del timón.

Huían con rapidez las rocas y escolleras de la costa; pero los dos Robinsones las observaban cómodamente, manteniendo la chalupa a corta distancia. El señor Albani, que se había provisto de papel y pluma, iba dibujando las puntas, las pequeñas bahías, las escolleras, y poniendo a cada cosa su nombre.

La costa era alta toda ella y muy rocosa, por lo cual resultaba muy difícil atracar. En la cumbre los bosques se sucedían unos a otros con lapsos pequeños, casi todos formados por vertientes de antiguos torrentes.

Se veían masas de árboles; garófanos, ariquias, tamarindos, cocoteros bellísimos, mangostanos y cedros salvajes, enormes plantas de alcanfor, cuyo aroma llegaba hasta la chalupa, duriones altísimos y bambúes desmesurados.

Gran número de pájaros revoloteaban sobre la costa y las escolleras. En las masas de follaje se veían bandadas de papagayos de todos colores; loros rosa con el cuello negro, cacatúas negros y blancos, terengalos con el dorso color de esmeralda, la cola azul y el vientre de un amarillo dorado; lindísimos pájaros de mar de un color azul metálico por encima y negro reluciente por debajo; es-

Emilio Salgari

pléndidos faisanes, martín-pescadores que volaban de un modo majestuoso sobre la superficie del mar.

Hacia el mediodía, en el momento en que estaban comiendo algunos bizcochos, los dos Robinsones descubrieron en el fondo de una ensenada, cuyos muros de rocas estaban cortados a pico, unos árboles tan enormes, que ambos lanzaron una exclamación de sorpresa.

Tenían más de cien metros de elevación, y eran tan gruesos que ocho hombres no hubieran podido abrazar su tronco. Se parecían a los robles gigantes de California, pero tenían flores rosadas muy largas, las cuales exhalaban un perfume tan fuerte que se extendía a algunos centenares de metros sobre el mar.

—¿Qué árboles son?—preguntó el marinero.

—No lo sé; pero se parecen a ciertos árboles últimamente descubiertos en la isla de Formosa—dijo Albani.

—Esos colosos deben de tener un bonito número de años.

—Ciertamente que sí, Enrique.

—Dígame usted, señor: ¿viven mucho los árboles?

—Algunos, miles de años.

—¡Miles de años! ¿Quiere usted reírse de mí, señor?

Devastaciones de los piratas

— ¡Ni mucho menos! Se sabe que los olmos, por ejemplo, viven por término medio trescientos sesenta años; los olivos, setecientos; los cedros, ochocientos cincuenta, y los robles, hasta mil quinientos.

— ¡Rayos! ¡Mil quinientos años!

— Aún hay plantas de más larga vida. En los anales de la Botánica se registran castaños y plátanos de mil doscientos años, y algunos de dos mil, y rosales célebres que dieron rosas durante diez siglos. Los árboles que viven más son los boabad, árboles enormes que crecen en África; algunos se han visto a los cuales los botánicos no han dudado en atribuirles sesenta siglos de existencia.

— ¡Seis mil años!

— Sí, Enrique; seis mil años.

— Y los animales que viven más ¿cuáles serán?

— Las tortugas gigantes de Himalaya.

— Creí que serían los elefantes.

— No; porque esas tortugas pueden pasearse durante quinientos o seiscientos años.

— ¡Hermosa existencia!

— No tan hermosa, porque esos animalitos se pasan años enteros encerrados en sus conchas y sumidos en una especie de sopor. ¡Cuidado con la vela, Enrique; tenemos escollos sub-

Emilio Salgari

marinos delante de nosotros, y hay que evitarlos!

Efectivamente, delante de la chalupa se veían, a través del agua, puntos grises que tenían extrañas ramificaciones. Algunos de aquellos escollos eran redondos; pero otros que se veían a mayor profundidad parecían troncos con ramas que se alargaban mucho en direcciones varias.

—Son escollos coralíferos—dijo Albani, que miraba con gran curiosidad—. Están en elaboración, y dentro de pocos años todas esas ramas se hallarán a flor de agua.

—Pero ¿son corales vivos?—preguntó Enrique estupefacto.

—Vivos, Enrique. Mira en la extremidad de aquellas ramas: ¿qué es lo que ves?

—¡No sé! Una cosa así como florecillas.

—Son grupos de pólipos coralinos.

—Pero ¿cómo se arreglan esos moluscos, que me han dicho que son gelatinosos y pequeñísimos, para hacer estos escollos que parecen de granito?

—Es una cosa facilísima de explicar. Un día cualquiera, y a la profundidad de cuarenta o cincuenta metros, se fija un pólipo coralino; se nutre, crece, echa ramas como una planta y produce huevos, los cuales a su vez

Devastaciones de los piratas

se fijan al cabo de cierto tiempo muy cerca del primero.

Nacen otros pólipos, crecen, y comienzan también a dividirse en ramas.

Poco a poco la colonia se hace mayor, se entrelaza, y forman un banco rudimentario llamado ordinariamente «fundamento de coral».

Sobre ese banco brotan millares de semillas y pólipos, y, por lo tanto, millares de ramas que se solidifican y se van elevando y alargando continuamente y entrelazándose, hasta que llegan a la superficie del agua. Entonces es cuando cesan de elaborar, pues los pólipos huyen de la luz directa del sol; pero si no se elevan, se extienden.

Las olas despedazan a menudo los arrecifes coralinos; pero muy pronto se reparan esos destrozos, sirviendo los pedazos arrancados para cimentar otros bancos. De este modo el escollo puede llegar con el tiempo a ser una isla.

—El coral que sirve de base a las islas construídas por los pólipos, ¿es igual al que pescamos en las costas de Sicilia, de Cerdeña y de Argelia?

—No, Enrique. El coral noble que tiene aquel bellissimo tono rosado no se encuentra más que en el Mediterráneo. Los pólipos son

Emilio Salgari

de una especie algo distinta, y las plantas están revestidas de una membrana con flores de las cuales salen los pólipos.

—Pero ¿por qué causa tienen aquel tono rosa tan bonito?

—Se creyó en un principio que ese color lo producía el óxido de hierro; pero ahora se ha descubierto que es una particularidad de los pólipos.

—¿Y cree usted que nuestra isla esté sobre bancos coralíficos?

—No, Enrique; pero... ¡mira allá lejos!

—¿Dónde?—preguntó el marinero.

—¡Sobre aquella roca!

El marinero miró en la dirección indicada y con gran sorpresa descubrió una percha muy alta, en la cual ondeaba un trapo blanco.

—¿Una señal?—preguntó.

—Eso parece—repuso el veneciano poniendo la vara del timón a la orza.

—¿Quién la habrá colocado?

—Probablemente, los individuos que han perdido la cápsula.

—Entonces, deben de ser marineros: si fuesen salvajes no hubieran puesto esa señal de socorro.

—Eso mismo creo yo.

—¿Habrá algún papel al pie de ese palo?—dijo Enrique.

Devastaciones de los piratas

—Precisamente para saberlo dirijo la chalupa hacia la roca.

—Así nos enteraremos de quiénes son esos hombres—dijo el marinero.

—Eso espero.

Viraron de bordo y dirigieron la chalupa hacia las escolleras. En aquel sitio se replegaba la costa formando una ensenada profunda, cuya extremidad cerraba una gran peña que tenía ochenta o noventa metros de altura.

Toda la cresta de la parte alta de la playa estaba cubierta de árboles, sobre los cuales revoloteaban grandes masas de anhingas, pájaros que tienen el cuello tan largo, que se les conoce por eso con el nombre vulgar de «pájaros serpientes». La cabeza es muy pequeña, estrecha y cilíndrica, y termina en un pico muy agudo y derecho.

Estos volátiles son grandes nadadores porque tienen membranas interdigitales, pero en tierra marchan con gran trabajo. Son muy suspicaces y no merecen siquiera que se les dispare un tiro, porque su carne es detestable.

Embarrancada la chalupa sobre un pequeño banco de arena, el marinero y el señor Albani se dispusieron a escalar la roca, agarrándose a los *rotang* que caían de lo alto y metiendo los pies en las hendiduras.

Emilio Salgari

En diez minutos llegaron arriba. Ante la percha del trapo había un montón de piedras que parecían haber sido acumuladas para ocultar algo.

—Ahí debajo hay algún escrito o cosa parecida—dijo el veneciano.

De un puntapié deshizo aquel montón, y ante sus ojos apareció una botella, sobre la cual había una etiqueta pegada que decía:

«MARSALA PALERNO»

Los dos Robinsones se miraron a la cara, grandemente sorprendidos.

—¡Marsala!—exclamó Albani—. ¿Habrá pertenecido esta botella a algún barco italiano?

—Mire usted si tiene dentro algún documento, señor—dijo el marinero, que estaba emocionadísimo.

El veneciano la levantó a la altura de los ojos, y exponiéndola a los rayos del sol vio en el interior un pedazo de papel.

Rompió la botella, cogió el documento que dentro había, lo desdobló, y leyó estas líneas, trazadas con lápiz:

«Harry Tompson y Marino Novelli—naufragados el 6 de septiembre de 1842—punto meridional de la isla.»

Devastaciones de los piratas

De la garganta de ambos Robinsones salieron dos gritos, uno de sorpresa, pero el otro de ferocidad.

— ¡Los malteses! — exclamó el veneciano.

— ¡Los traidores! — gritó el marinero con un acento terrible de odio—. ¡Iré a buscarlos para matarlos!

CAPÍTULO VIII

UN TRISTE DESCUBRIMIENTO

¿Por qué serie de vicisitudes los malteses, que se escaparon en la chalupa pocos instantes antes de que estallara el fuego a bordo del *Liguria*, habrían retrocedido, cuando parecía que se dirigían a las costas septentrionales de Borneo?

¿Los habría rechazado alguna tempestad que los obligara a virar hacia el norte para atracar a algunas de las islas del archipiélago Zulú, o después de trece días de navegación por el amplio mar, escasos de víveres, y acaso sin agua, no habrían tenido más remedio que poner la proa a la isla?

Fuese lo que quisiera, los Robinsones sabían ya quiénes eran los individuos que habitaban en la costa meridional, y sabían asimismo con qué clase de hombres, quizás peligrosos, todavía tenían que habérselas.

Emilio Salgari

— ¡Los traidores! —exclamaba el marinero con voz ronca—. ¡Iré a matarlos!

El señor Albani no había contestado nada a tan fiera amenaza, que revelaba el odio del marinero hacia los autores, probablemente voluntarios, de la tremenda catástrofe. Se limitó a cruzarse de brazos y a mirar con gran serenidad la cara del genovés, todavía alterada por una cólera salvaje.

— ¡Embarquémonos, señor! —dijo Enrique—. ¡Vamos a vengar a las víctimas del *Liguria*!

Albani no se movió. Probablemente, en aquellos momentos se libraba una batalla en el fondo de su corazón entre el deseo de olvidarlo todo y el de seguir al marinero en sus resoluciones de venganza.

— ¡No, Enrique! —dijo de pronto—. El sol se va a poner, y en estos parajes, que no conocemos, puede haber escollos peligrosos para nuestra chalupa.

— ¡Nos sostendremos a distancia de la costa, señor!

— No tenemos ninguna prisa, y podemos acampar sobre esta roca.

— ¡La prisa la tengo yo, señor Albani! ¡Sorprenderemos durmiendo a esos miserables, y los mataremos!

Devastaciones de los piratas

—Nosotros no podemos erigirnos en jueces, Enrique.

—¿Y aún quiere usted dejarlos vivir?

—La desgracia los habrá domado.

—¡Señor, acuérdesese de que hicieron volar la nave!

—Puedes engañarte: no sabemos si el incendio habrá sido casual.

—¡Ah! ¡Yo nunca los perdonaré!

—¡Yo los perdono!

—¿Usted?

—Sí, Enrique. Yo no permito que los Robinsones italianos manchen con un delito su isla. ¡No, amigo mío! Seamos generosos, y en vez de castigarlos, unamos nuestros esfuerzos con los suyos por el bienestar de todos.

—Pero, señor Albani...

—Si son culpables, Dios los castigará.

—¡Sea—dijo el marinero—; pero antes han de oírme!

—Anda—repuso el veneciano—, ve a atar el barco mientras yo improviso una tienda donde pasar la noche.

—¿Está usted decidido a pernoctar sobre esta roca?

—No me parece prudente aventurarnos en esta costa, desconocida para nosotros, y en la cual puede haber escollos bajo el agua. Al amanecer desplegaremos las velas, y al medio-

Emilio Salgari

día llegaremos, con seguridad, a la costa meridional de la isla.

El marinero, que parecía haber apagado sus deseos de venganza, descendió de la roca y fue a atar la chalupa de modo que el reflujo de las aguas no se la llevase mar adentro; mientras tanto, el señor Albani había cortado algunas hojas gigantes y ramas, con las cuales improvisó un cobertizo.

Cenaron una cacatúa negra que habían asado por la mañana y algunos bizcochos, y colocándose al lado de las cerbatanas se durmieron, seguros de que no habían de ir a atacarlos a lo alto de la roca hombres ni fieras.

La noche pasó tranquilamente. Algunas veces los despertaron los roncós gritos de los tigres; pero ninguno se había atrevido a subir a la peña.

Al amanecer los dos Robinsones se pusieron en viaje, con una brisa fresca del norte y noroeste. El tiempo seguía espléndido y el mar tranquilo; solamente la resaca se debatía con furia contra las costas y los arrecifes, a causa, sin duda, de la gran profundidad del agua y de los múltiples escollos que allí había.

La isla comenzaba a replegarse hacia el sureste, sin ofrecer bahía alguna. La gran montaña que dominaba aquel pedazo de tie-

Devastaciones de los piratas

ra perdido en el mar Zulú, aparecía muy lejos.

Faltaba muy poco para que la chalupa viera sobre la punta extrema meridional, que se alargaba en forma de península estrecha y muy baja; tan baja, que por entre los claros de los bosques veía el marino, que iba de pie sobre el banco, el mar de la costa oriental.

A eso de las diez el señor Albani señaló con el dedo una larga escollera, y en la playa otra percha con un pedazo de trapo en la punta.

—Allí deben de tener la cabaña—dijo el veneciano—. Aquella es la punta más meridional de la isla.

—¡Ah! ¿Están allí? ¡Canallas! ¡Tengo curiosidad por ver la cara que ponen al encontrarse con sus víctimas!

—Su aislamiento y la lucha por la vida los habrá amansado, Enrique.

—Sin embargo, no dejaré mi cerbatana; y al primer movimiento ofensivo que hagan, ¡le juro, señor Albani, que les envío un par de flechas envenenadas a esos traidores!

La chalupa se encaminó derechamente hacia aquella señal, que se alzaba al lado de un grupo de árboles muy altos. Los dos náufragos aguzaban la mirada, esperando ver aparecer en la playa a los dos traidores; pero en vano.

Solamente se veían sobre la escollera, tran-

Emilio Salgari

quilamente acurrucadas, una porción de anhingas.

—¿Adónde se habrán ido?—dijo el marinero—. Cuando esos pájaros, que son tan desconfiados, están ahí, es señal de que no hay habitantes en las cercanías.

—Pronto lo sabremos—repuso el veneciano, que parecía un poco contrariado.

En breves minutos la chalupa recorrió la distancia y tocó la arena en un pequeño seno defendido por una escollera coralífera. La ataron a una roca, se armaron con las cerbatanas, no sabiendo qué acogida tendrían, y desembarcaron. La primera cosa que cayó bajo sus miradas fue un resto de chalupa: un pedazo de popa, un pedazo de la quilla y un pedazo de costillaje, sobre el cual todavía se veían pintadas letras rojas que decían: *Liguria-Génova*.

—¿Conque han naufragado?—se preguntó el veneciano.

—A lo que parece, así debe de ser—repuso el marinero—. Las olas habrán estrellado la chalupa contra esa escollera. Dios los ha castigado.

—Pero ¿dónde tendrán la cabaña?—dijo el veneciano.

—Quizás detrás de aquella espesura.

Subieron por las peñas y se internaron en el

Devastaciones de los piratas

bosque, marchando con precaución y sin hacer ruido. A los pocos pasos encontraron una choza con el techo medio hundido, construída con ramas de árboles y rodeada de una pequeña empalizada de bambú. En el suelo, y fuera de la choza, había plumas de pájaros, tizones apagados, trozos de botellas y guiñapos. De aquella pocilga salía un olor acre insoportable.

—Ahí dentro se pudre algo—dijo el marineró deteniéndose.

—Es olor de carne corrompida—respondió el veneciano palideciendo—. ¿Habrán muerto los dos náufragos?

—¿Los habrán matado? ¡Es olor de muerto!

—¡Vamos adelante, Enrique!

—Llamémosles primero. ¡Ohé! ¡Marino! ¡Harry!

Nadie respondió; pero en cambio, salieron varios animalejos muy extraños, semejantes a los erizos, aunque mayores, con el cuerpo lleno de púas y el hocico largo y fino, la boca muy pequeña y las zarpas armadas de uñas.

—¿Qué animales son éstos?—dijo el marineró dando un salto atrás.

—Equínidos—contestó el veneciano—. Son los animales más extraños que existen, y todavía no se sabe cómo se producen, pues están

Emilio Salgari

conformados más como pájaros que como cuadrúpedos.

—¿Son peligrosos?

—No; no pueden ni morder. ¡Vamos adelante, Enrique!

A pesar del hedor horrible que salía de ella, los dos Robinsones entraron en la choza; pero se detuvieron en seguida lanzando un grito de horror.

Allí, tendido sobre un montón de hojas secas, estaba un hombre con los músculos enteramente podridos, flaco como un fakir indio, con el huesoso pecho medio desnudo, las manos contraídas convulsivamente y en plena putrefacción.

En derredor suyo veíase un fusil, una cartuchera que debía de haber contenido pólvora, los restos de un pescado y algunos guñapos.

A los dos Robinsones les bastó una mirada para reconocer a aquel hombre.

—¡Harry!—exclamaron.

—¡Muerto!—dijo el genovés—. ¡Asesinado quizás por su compañero!

—No—dijo Albani—; no veo que tenga herida alguna.

—Entonces, ¿ha muerto de alguna enfermedad?

En vez de responder, el veneciano se inclinó sobre los restos del pescado.

Devastaciones de los piratas

—¡La justicia de Dios le ha castigado!— murmuró.

Cogió el fusil, miró la cartuchera para ver si contenía pólvora todavía, y volvió a tirarla al suelo al encontrarla vacía; en seguida salió rápidamente, seguido del marinero.

—Busquemos a Marino—dijo—; si ha comido de ese pescado no puede estar muy lejos.

—¿Qué pescado? ¿Qué es lo que ha sucedido, señor?—preguntó Enrique.

—Ese desgraciado Harry ha muerto envenenado.

—¿De qué manera?

—Ha comido un tetrodón.

—No comprendo.

—El tetrodón es un pescado muy venenoso. Probablemente, esos dos náufragos, que habrán sufrido largas privaciones desde que se quedaron sin pólvora, a juzgar por la horrible flaqueza de Harry, han pescado tetrodones, y se han envenenado.

—Pero ¿son tan peligrosos esos peces?

—Sí. En estos mares, como también en los de la Australia y en el Océano Pacífico, hay algunos pescados que no se pueden comer sin peligro. Quirós y Cook, esos dos grandes navegantes, estuvieron a punto de morir por haber comido esa clase de pesca; y los isleños de

Emilio Salgari

estas regiones saben que los tetrodones son venenosísimos.

—Pero ¿y Marino?

—O ha huído al ver morir a su compañero, o ha muerto en el bosque.

—¡Dejemos que se lo coman los tigres y volvamos a nuestra cabaña! ¡Estoy inquieto por Piccolo Tonno!

—No, Enrique; primero debemos asegurarnos respecto de la suerte que ha corrido Marino.

—Probablemente, los tigres habrán devorado su cadáver.

—Estará el fusil.

—¿Cree usted que esos bribones hayan concluido las municiones?

—Seguramente. Debieron de huir con muy pocos tiros.

—Siendo así, se habrán encontrado en seguida frente a frente con el hambre, mientras que nosotros, que hemos desembarcado sin armas y sin nada, nadamos en la abundancia, gracias a usted, pues sin usted, Piccolo Tonno y yo nos hubiéramos encontrado en seguida en las mismas condiciones que los dos malteses. Sin embargo, en esta isla abundan los árboles frutales, y para dos marineros no puede ser difícil proporcionarse mangostanes, duriones, nueces de coco, etc.

Devastaciones de los piratas

—¿Y crees tú que con las frutas hay bastante para vivir? Durante algunos días sí, pero después se agotan las fuerzas si no se comen materias succulentas o carne. ¡Quién sabe las panzadas de fruta que se habrán dado esos desgraciados para engañar el hambre insaciable que les roía las entrañas! Ya has visto el estado en que hemos encontrado a Harry, y... ¡Toma! ¿Qué es esto? ¡La caja de las cápsulas, vacía!—dijo—. Esto prueba que se les han concluído las municiones.

—¡Calle, señor!

—¿Qué es?

—¡Mire usted!

—¿Adónde?

—¡Allá arriba, en aquella altura! ¡Es él!

CAPÍTULO IX

EL MALTÉS

Habían salido del bosque que cubría la pequeña península y que formaba el límite extremo de la costa meridional.

El terreno se elevaba suavemente en forma de colina sombreada por arequias, plátanos silvestres, manigua y *rotangs*, que se alargaban sobre la pendiente como serpientes desmesuradas.

Un hombre subía penosamente apoyándose en un palo. Tendría unos treinta años y era de alta estatura; pero tan flaco estaba, que las desgarradas prendas de su vestimenta le daban como podrían hacerlo sobre un esqueleto ambulante.

Sus cabellos y su barba, inculta y negrísima, le daban un aspecto salvaje.

Emilio Salgari

— ¡Es él; es Marino! —repitió el marinero.

— ¡En qué estado! —exclamó Albani con voz conmovida—. Si tardamos más tiempo en buscarle, no habiéramos encontrado más que su cadáver.

— ¡Eh! ¡Marino! —gritó el marinero, que parecía haber olvidado ya sus propósitos de venganza.

Al oírse llamar por su nombre el maltés se detuvo de pronto, echando en torno suyo una mirada apagada; después, haciendo un supremo esfuerzo, apretó el paso como si tratase de huir.

— ¡Párate, desgraciado! —gritó el veneciano—. ¡No queremos hacerte daño!

El náufrago parecía que no le oía. Agarrándose a la maleza, a las raíces, a las piedras, continuaba huyendo hacia la cumbre de la colina. Debía de estar exhausto de fuerzas, porque vacilaba a cada paso y parecía que iba a caer para no levantarse más.

Los dos Robinsones le seguían escalando rápidamente las rocas y diciéndole que se detuviese; pero sin éxito. Un miedo invencible invadía al maltés, que sin duda había reconocido ya a sus perseguidores.

Devastaciones de los piratas

De repente, después de haber remontado una roca, las fuerzas le faltaron y cayó en medio de una porción de maleza, de donde no pudo levantarse.

En pocos saltos Albani y el marinero le alcanzaron.

— ¡Desgraciado!, ¿adónde querías huir? — le preguntó el marinero.

El maltés abrió los ojos semiapagados, y dijo con voz ronca:

— ¡Los vengadores! ¡Mejor...; así concluiremos!

— ¡No; no hay vengadores! — dijo Albani—. ¡No es a nosotros a quienes corresponde vengar las víctimas del *Liguria*, que vosotros incendiasteis!

Al oír estas palabras un relámpago iluminó la mirada del maltés.

— ¡Incendiada! — exclamó —. ¿Incendiada por quién?

En seguida, fijando una mirada bestial en los bolsillos de sus perseguidores, que parecían llenos, murmuró con voz apagada:

— ¡Me muero de hambre!

El marinero se sintió conmovido con aquella exclamación. Metió la mano en el bolsillo, sacó un puñado de bizcochos, y se los puso de-

Emilio Salgari

lante, diciéndole con una cierta emoción que en vano trataba de ocultar:

— ¡Toma, camarada!

El maltés se abalanzó sobre aquellos bizcochos son la avidez de un lobo que hubiera ayunado tres semanas, y los devoró.

— ¡Ahora un sorbo! — continuó el marinero, dándole un frasquito de bambú lleno del jugo fermentado de la *arenga sacarífera*.
¡Esto te hará bien!

El náufrago bebió el contenido, y devolvió el frasquito, diciendo:

— ¡Gracias, Enrique! ¡Así es como pagáis a los canallas de mi especie!

— ¡Déjate de eso! Nosotros lo hemos olvidado todo; ¿verdad, señor Albani?

— Sí — respondió el veneciano.

El maltés los miró detenidamente, y sus ojos hundidos se fueron llenando de lágrimas poco a poco.

— Pero ¿es cierto que el *Liguria* ha sido incendiado? — preguntó lanzando un sollozo.

— Sí — repuso Albani con voz grave —. Habéis cometido una infamia, que ha costado la vida a casi toda la tripulación.

— ¡Eso no; no, señor! — exclamó el maltés —. Harry me juró que había prendido fuego a unos trapos impregnados en petróleo

Devastaciones de los piratas

para asustar a la tripulación e impedirle darnos caza.

—Pues en vez de eso, prendió fuego a la despensa para desencadenar un incendio horrible y hacer saltar el barco.

—¡Entonces, ese infame me mintió! ¡Señor Albani, Enrique, por la memoria de mi madre, les juro que yo no encendí el fuego, y que Harry me engañó! Pero ¿es como lo dicen? ¿Voló el *Liguria*?

—Con toda la tripulación.

—¡Entonces, mátenme ustedes! ¡Tienen derecho a hacerlo!

—No; la tierra de los Robinsones italianos no se manchará con un delito. Te traemos el perdón.

El maltés se había puesto de rodillas a los pies de ambos y lloraba. El marinero y el veneciano le levantaron, diciéndole:

—¡No se hable más de eso; todo se ha olvidado!

—¡Gracias, señores! ¡De hoy en adelante seré su esclavo!

—Esclavo, no; amigo. ¡Ven a la chalupa!

—¡No; por ahí no!—dijo con terror el maltés, viendo que el veneciano descendía en dirección a la choza—. ¡Allí está Harry!

—Le hemos visto. Dime: ¿hace mucho tiempo que ha muerto?

Emilio Salgari

—Siete días, señor.

—¿De qué ha muerto?

—Por comer un pescado.

—¡Lo había supuesto!

—Yo había ido al bosque en busca de frutas, pues no teníamos otra cosa que llevar a la boca, y Harry bajó a la playa a buscar ostras y otros mariscos. Cuando volví le vi revolcándose por la tierra, presa de atroces dolores. Al principio creí que había sido mordido por alguna serpiente venenosa; pero como le preguntase qué le sucedía, me señaló los restos de un pescado que había asado y comido. Traté de calmar sus dolores haciendo hervir en una cartuchera de hojadelata unas hierbas que creí medicinales, pero no le sirvieron, porque el desgraciado dejó de existir tres horas después. Entonces me acometió un miedo horrible y vine huyendo a esta colina. Hace siete días que ando errante por la espesura como un animal salvaje, muerto de hambre y sin ánimos para descender a la choza. Sepa usted señor, que hemos sufrido mucho. ¡Ya ve a qué estado misérrimo me hallo reducido! ¡No tengo más que piel y huesos!

—¿No os dirigíais a las costas de Borneo?

—Sí, señor; pero como no teníamos brújula, tuvimos miedo a perdernos y a alejarnos más,

Devastaciones de los piratas

y volvimos hacia el norte, con la esperanza de llegar al archipiélago Zulú, hasta que una noche naufragamos en esta costa. La chalupa se había deshecho contra la escollera, y sólo a fuerza de fatigas enormes pudimos llegar a tierra con un fusil, treinta cargas y algunas botellas de Marsala. Mientras tuvimos pólvora y balas, pudimos vivir mejor matando pájaros; pero cuando se terminaron las municiones nos encontramos frente a frente del hambre. Las frutas de la floresta no eran suficientes para mantenernos, y fuimos perdiendo fuerzas, concluyendo por pasar ayunos tremendos que nos redujeron al estado de esqueletos vivientes.

— ¡Una pregunta!

— Hable usted, señor.

— ¿Sabíais que nosotros estábamos aquí?

— Sí—respondió el maltés—. Emprendimos un viaje a través de la isla, esperando encontrar indígenas, y un día los vimos cultivando un huertecito.

— ¿Y por qué no fuisteis a pedir hospitalidad?

— Por miedo de que nos prendieran y nos ahorcasen, como tenían derecho a hacerlo. Antes habíamos visto a Piccolo Tonno. ¿Se ha quedado en la chalupa?

Emilio Salgari

—No; está en la cabaña.

—¡Una cabaña, un huerto, una chalupa, un recinto con animales, monos...! ¡Ah! ¡Cuán-
to los hemos envidiado, señor Albani! ¡Uste-
des en la abundancia, y nosotros muriéndonos
de hambre! ¡Oh! ¡Crean ustedes que hemos
expiado nuestro delito!

—No tendrás nada que envidiarnos, Marino.
Desde ahora en adelante formarás parte de
nuestra familia, y todos trabajaremos por el
bienestar de la pequeña colonia. Vámonos a la
chalupa, Enrique: ya no tenemos nada que
hacer aquí.

Descendieron de la colina, y abriéndose pa-
so a través de la floresta, llegaron a la playa,
que recorrieron hasta la pequeña bahía, cerca
de la cual estaba amarrada la chalupa.

Dirigieron una postrera mirada hacia la
choza en la cual dormía Harry, el maltés, su
último y eterno sueño, desplegaron la vela y,
tomando la mar alta a toda prisa, viraron so-
bre la península, pues querían visitar las cos-
tas orientales de su posesión.

A aquella península se la llamó península
de Harry, en recuerdo del desgraciado maltés.

El mar no estaba tan tranquilo como antes,
pues la brisa había aumentado. Del este ve-

Devastaciones de los piratas

nían largas olas que iban corriendo a romperse con estrépito sobre las escolleras, saltando y lanzando a lo alto sus espumas.

También el cielo, tan limpio por la mañana, se cubría de nubes procedentes del suroeste, que amenazaban cubrir el cielo y descargar un fuerte aguacero sobre la isla.

Sin embargo, los Robinsones, viendo que, a pesar de su pesadez, la chalupa saltaba ágilmente sobre las olas, continuaron navegando a lo largo, pues tenían prisa para llegar a su vivienda.

El señor Albani seguía apuntando las playas, ensenadas, cabos y peninsulillas, y poniéndoles a todas un nombre.

Hacia las cuatro de la tarde, el estado del mar empeoró tanto, que comenzaron a inquietarse. Olas altísimas continuaban subiendo del lado del este, amenazando con hundir la chalupa, e impetuosas ráfagas atirantaban la vela, cuyo mástil se doblaba de tal modo que parecía que iba a romperse.

—Es mar de fondo—dijo el veneciano—. Debe de haber estallado hacia el este una tempestad violenta.

—Pues esta mañana el cielo estaba limpio y el mar tranquilo—dijo Enrique—, y nosotros no hemos oído ningún trueno.

Emilio Salgari

—Las olas de mar de fondo, producidas por una borrasca de mucha duración, recorren distancias increíbles, Enrique. Probablemente, la tempestad que ha movido este oleaje tan alto habrá estallado a algunos centenares de millas de nuestra isla, acaso en los parajes de las islas Sanghir o en las Molucas, o quizás en las costas de Mindanao.

—¿Y cree usted que estas olas pueden recorrer distancias tan grandes sin perder su fuerza?

—Sí, Enrique. En el Océano Pacífico se han observado olas de fondo que venían recorriendo más de mil millas.

—Diga usted, señor Albani: ¿es cierto que en algunas tempestades se han visto olas de cientos de metros de altura? Yo nunca las he visto.

—Son cuentos esparcidos por los marineros. A los que van a bordo, especialmente en naves pequeñas, algunas olas les parecen montañas de agua, de altura inverosímil; pero se ha comprobado que la altura media se reduce a pocos metros.

—¡Oh! ¡Lo que es eso!

—Es ciertísimo, Enrique. Por observaciones muy precisas hechas en el Océano Atlántico

Devastaciones de los piratas

durante tempestades furiosas, se ha visto que las olas, en general, no tienen más de seis metros; sin embargo, se han observado algunas que alcanzaron nueve y trece metros de elevación.

— ¡Siempre es una buena altura!

— Cerca del cabo de Hornos se han registrado algunas de quince, y el navegante Dumont d'Urville afirmó haber visto varias que superaban los treinta y tres metros.

— ¡Qué sacudidas tan terribles deben de producir esas masas de agua!

— Para el barco que tenga que soportarlas, tremendas, sin duda alguna. ¡Cuidado con la escota! ¡Está para alcanzarnos una ráfaga impetuosa, Enrique!

El viento aumentaba en violencia con la venida de la noche, soplando del oeste, o sea de tierra, y las olas redoblaban su rabia estrellándose con mayor ímpetu contra la chalupa.

Los Robinsones habían llegado a un lugar peligrosísimo, erizado de bancos y escolleras a flor de agua, muy difíciles de sortear.

No era prudente seguir en el mar con aquel huracán, que crecía visiblemente, sobre todo con aquella chalupa tan pesada y falta de quilla; así, pues, decidieron dirigirse hacia la costa.

Emilio Salgari

Desgraciadamente, los bancos y las sirtes crecían en número hacia la izquierda, y, para colmo de desventura, el viento era contrario y tendía a lanzarlos al largo.

— ¡Mil terremotos! — exclamó el genovés, que comenzaba a inquietarse—. ¡Me parece que va a ser difícil arribar, señor Albani! ¡Es preciso virar mar adentro, o perdemos la chalupa!

— ¿No se ve ningún paso por entre los escollos?

— Es imposible verlo con esta obscuridad que se nos viene encima y con esta espuma que deslumbra. ¡Corremos el peligro de chocar!

— Y al largo engruesan las olas — dijo Marino.

— Tentemos la suerte, amigos míos.

— ¡Es imposible, señor! — repitió Enrique—. ¡No se puede pasar!

— En ese caso, viremos al largo.

Volvieron la popa a la isla y se alejaron hacia el este para poder remontar los bancos y las escolleras; pero éstos parecía que se extendían mucho, porque a dos millas de distancia se veían las olas levantarse a prodigiosa altura, cual si encontrasen continuos obstáculos.

Devastaciones de los piratas

En tanto el mar seguía embraveciéndose de un modo espantoso, y el viento ululaba entre el cordaje de la pequeña chalupa. La noche había descendido con gran rapidez, y las tinieblas, esclarecidas de tiempo en tiempo por un relámpago, hacían más crítica la situación de los Robinsones, pues apenas podían divisar las rompientes que se multiplicaban delante de ellos.

Colocado en la proa, Enrique miraba afanosamente y señalaba al veneciano dónde se rompían las olas; pero no siempre podía ver los escollos o presentir la cercanía de los bancos submarinos. Ya por dos veces había tocado la chalupa en algunos de aquellos obstáculos, corriendo el peligro de volcar o de partirse.

Marino, con la escota en la mano, estaba siempre pronto a restringir el viento de la vela o a dejarle andar largando cabo, y Albani maniobraba con el largo remo que le servía de timón.

Se habían alejado de la isla cinco o seis millas; pero la fila de escollos continuaba alargándose, sin permitirles el paso. Afortunadamente, la chalupa resistía la furia del viento y del mar, pero danzaba de un modo desesperado, precipitándose con sacudidas inquietantes

Emilio Salgari

en el vacío que formaban las olas, y embarcando agua de cuando en cuando.

De pronto, a la luz de un relámpago, Enrique descubrió hacia el este una masa oscura que parecía ser un escollo de grandes dimensiones o un islote.

—¡Rayos y terremotos!—exclamó.

—¿Qué hay?—preguntó Albani.

—¡Me temo, señor, que tengamos que remontarnos muy lejos, si hemos de doblar esta condenada cadena de rompientes! ¡Se me figura que termina en un islote que he visto hacia el este!

—¿Está muy lejos?

—A varias millas aún.

A pesar de su valor extraordinario, Albani experimentó verdadera inquietud.

—¿Y si intentásemos el regreso?

—¡Tendremos las olas de proa, señor!—contestaron Enrique y Marino.

—¡Es verdad, y la chalupa correría el peligro de hundirse de pronto! Pero no me atrevo a alejarme tanto de la isla, amigos míos.

—La chalupa resiste, señor—dijo el genovés—. Si pudiese virar sobre esta escollera, encontraríamos de la parte de allá un mar más tranquilo, pues todas estas sirtes le forman una muralla.

Devastaciones de los piratas

—Pero las olas aumentan y están a punto de romper el remo; por su parte, el viento del oeste sopla con más furia.

—¡Condenado huracán!—exclamó Enrique—. ¡Es preciso seguir adelante, señor! ¡El peligro está lo mismo detrás que delante de nosotros!

—¡Coge otro rizo más, Marino!—dijo Albani—. ¡Adelante, y que Dios nos proteja!

La chalupa, impulsada por aquel ventarrón furioso, en aumento siempre, bogaba como una flecha.

No obstante su pesadez, saltaba atrevidamente sobre las olas, viéndosela tan pronto sobre las crestas espumeantes lo mismo que un martín-pescador, como hundiéndose en el vacío, del cual volvía a salir; pero embarcaba siempre agua.

Enrique había tenido que dejar su puesto de observación a proa, y con su gran sombrero de fibras de *rotang* empezó a achicarla para que el barco estuviese más ligero.

Los escollos continuaban siempre a estribor. A la claridad de los relámpagos se veían emerger aquellas puntas agudas y negras, en derredor de las cuales se debatía el mar entre mugidos terroríficos, lanzando a gran altura columnas de espuma.

Emilio Salgari

El escollo grande dividido por el marinero se veía ya claramente a la lívida luz de los relámpagos.

Parecía ser la extremidad de un monte submarino, con los flancos rocosos y la base corroída de mil maneras por la acción eterna de las olas.

En derredor de aquel picacho solitario las masas de agua se deshacían rabiosamente, extendiéndose la espuma sobre otros escollos pequeños.

— ¡Atención, señor Albani! — gritó de improviso Enrique, que había vuelto a su puesto en la proa—. ¡Rompientes a babor!

El veneciano, que se había puesto en pie a fin de estar más pronto para la maniobra, puso el remo a la orza, y Marino dejó correr la escota de la vela.

La chalupa estaba entonces frente al escollo, y se preparaba a virar en redondo.

— ¿Ves algo delante de nosotros? — preguntó Albani.

— Me parece que el mar está libre delante del escollo.

— ¿Podemos virar?

— Eso creo, señor.

— ¡Vira! — gritó Albani.

Apenas había dado la orden, cuando una ola

Devastaciones de los piratas

gigantesca, cogiendo de través a la chalupa, la lanzó fuera de ruta y hacia la parte oriental del escollo.

Se oyó un golpe violento, seguido de tres gritos de espanto.

La *Roma*, volcada por el ímpetu de la ola, volvió a enderezarse, y en seguida desapareció en medio de la espuma; mientras tanto, el huracán redoblaba su violencia.

CAPÍTULO X

LOS NÁUFRAGOS

Pocos instantes después de aquel desastre que privaba a los Robinsones de la embarcación, salía un hombre de entre las olas, que bramando se estrellaban iracundas contra la base del escollo. Logró agarrarse a las puntas de las peñas, y haciendo desesperados esfuerzos para que no le arrastrara la violencia de las contraolas, subía por la escollera poniendo los pies en los salientes y metiendo nerviosamente las manos en las grietas y hendiduras.

Ya fuera del alcance de los saltos del mar, se detuvo y echó en derredor una mirada apagada. No se veía la chalupa, pero sí un bulto negro que se debatía entre la espuma, tratando de alcanzar las peñas.

— ¡Señor Albani! — gritó —. ¿Es usted?

Emilio Salgari

—¿Quién llama?—preguntó el náufrago que luchaba.

—¿Eres tú, Marino?

—Sí.

—¿Y el señor Albani?

Una voz que venía de mar adentro respondió:

—¡Aquí estoy!

—¡Mil terremotos!—repuso el genovés desde lo alto.

—¿Dónde está usted, señor?

—¡No te inquietes, Enrique! ¡Me llevan las olas!

Entretanto, el maltés había conseguido ponerse en salvo; pero se detuvo mirando a las aguas, que parecían tinta.

—¡Mírale allí, Enrique!—gritó—. ¡Le veo nadar a cincuenta pasos de aquí!

—¡Téngase firme, señor!—exclamó el genovés—. ¡Vamos en su socorro!

—¡Es inútil!—repuso el veneciano—. ¡Ya estoy!

Una ola le había cogido y le impulsaba hacia el escollo. Se le vio un instante sobre el lomo de la ola, cerca ya de las rompientes, y en seguida se oyó un grito de dolor.

—¡Rayos!—tronó el genovés palideciendo—. ¡Marino!

Devastaciones de los piratas

— ¡Aquí estoy, camarada! —contestó el maltés, que descendía a escape por la escollera para ir en socorro del pobre veneciano.

— ¿Le ves?

— ¡No! —dijo Marino con voz ahogada—. ¡Ya no le veo!

Enrique se había dejado escurrir desde la cima del promontorio.

Echó una rápida mirada aprovechando la luz de un relámpago, pero tampoco vio al señor Albani.

Una emoción horrible descompuso las facciones del valiente marinero, mientras un grito de desesperación se escapaba de su pecho.

— ¡Perdido! ¡Muerto quizás! —exclamó con voz agitada—. ¡Marino, es preciso buscarle!

Los dos marineros, sin reparar en el peligro, habían llegado a la base del escollo y empezaron a recorrer las peñas, luchando de un modo desesperado con las olas, que amenazaban con envolverlos y llevárselos mar adentro.

Parecían locos de dolor. Se metían por entre los bancos y las rocas que circundaban el gran escollo, llamando a gritos a su desgraciado compañero; caían bajo el empuje brutal, irresistible, del agua, pero volvían a levantarse, sin hacer caso de las contusiones ni de las agudas puntas que les destrozaban los pies, y

Emilio Salgari

continuaban su busca, corriendo de una parte a otra y redoblando sus gritos y llamadas.

¡Ay, ninguna voz humana les respondía! Tan sólo el silbido del viento y el mugir del mar tempestuoso se oían en derredor del solitario escollo.

Después de una hora de sobrehumanos esfuerzos, ensangrentados, rotos, fatigados, desanimados, se vieron en la precisión de renunciar a aquella lucha, que podía serles fatal a ellos también.

Marino tuvo que coger a Enrique, porque el bravo marinero estaba decidido a dejarse llevar por las olas, pues no quería interrumpir su obra, aun hallándose, como se hallaba, casi sin fuerzas para mantenerse en pie.

— ¡Ven, camarada! —dijo el maltés empujándole bajo una roca para ponerle a cubierto del viento y de la lluvia, que comenzaba a caer a torrentes.

— ¡Es preciso seguir buscándole, Marino! —sollozó el marinero—. ¡No; no puede haber muerto!

— Lo buscaremos más tarde. Tú ya no tienes fuerzas, y yo no puedo tenerme derecho.

— ¿Crees que esté muerto?

— ¡No desesperemos, Enrique! Pueden haberle llevado las olas lejos de aquí, sobre los parapetos de levante o del mediodía.

Devastaciones de los piratas

— ¡Pero no ha contestado a nuestras voces!

— Con este ruido ensordecedor, no nos habrá oído.

— ¡Pobre señor Albani! ¡Vamos a buscarle, Marino!

— ¡Pero con esta obscuridad, es imposible!

— ¡Vamos, te digo!

— ¡Van a arrastrarnos las olas!

— ¡Le buscaremos sobre la playa! ¡Es preciso que le encuentre, vivo o muerto!

El marinero, que estaba fuera de sí, se había levantado haciendo un llamamiento a toda su energía, y seguido por el maltés recorrió la playa y las peñas, uniendo sus llamadas a los mugidos de la tempestad.

Se detenían de tiempo en tiempo, pues se les figuraba oír entre los silbidos del aire la voz del desgraciado compañero; en seguida volvían a indagar, llegando hasta la línea de las rompientes.

Llovía a torrentes. La obscuridad era tan profunda, que no había posibilidad de distinguir nada a seis pasos de distancia; pero los marineros no cejaban. Encorvados, para no ofrecer tanta resistencia a los soplos del huracán, calados de agua salobre y dulce, descalzos, pues habían perdido los zapatos, ya muy mal traídos, registraban las cavidades abiertas

Emilio Salgari

en las peñas, dentro de las cuales entraban las olas lanzando mugidos atronadores, las grandes hendiduras, y ayudándose el uno al otro.

Menudeaban las llamadas para dominar el fragor de la tempestad, pero sin obtener respuestas. Exhaustos por completo, se detuvieron por segunda vez dentro de una oquedad situada en el parapeto de la escollera septentrional.

— ¡Ha muerto! — sollozó Enrique—. ¡Se lo ha tragado el mar!

El maltés no contestó; también él había perdido toda esperanza.

— ¿Qué vamos a hacer nosotros sin ese hombre, que era nuestra providencia? — continuó el marinero con creciente desesperación—. ¿Qué me importa ya esa isla sin él? ¡Y todo por salvaros a vosotros, a unos incendiarios!

— ¡Enrique! — dijo Marino con dolor.

— ¡Sí, por salvaros — repitió el genovés con voz ronca! — ¡Si no fuese por vosotros, no hubiéramos emprendido este fatal viaje!

— ¡Es verdad! — murmuró el maltés—. ¡Tienes razón para culparme; pero yo encontraré al señor Albani, o me tragará el mar!

— ¡Te digo que ha muerto!

— ¡Por lo menos encontraré su cadáver!

Se había levantado e iba a descender, cuando entre los ruidos de la tempestad le pareció

Devastaciones de los piratas

oír una voz humana. Volvió rápidamente adentro, gritando:

—¿Has oído, Enrique?

El marinero, abstraído en su dolor, no le escuchaba.

—¿No has oído?—repitió el maltés sacudiéndole.

—¿Qué?—preguntó el marinero levantando la cabeza.

—¡Una voz humana!

—¿Dónde?

—Ahí abajo—dijo el maltés indicando la punta extrema del escollo.

—¿Será él?

—¡Calla!

Entre los rugidos del viento y de las olas se oyó un grito. Parecía que alguien pedía socorro.

Enrique se puso en pie de un salto.

—¡Sí!—exclamó—. ¡He oído, Marino!

—¿El señor Albani?

—¡No lo sé; pero corramos!

Se lanzaron fuera los dos, dejándose escurrir por la pendiente, a pique de romperse las piernas en las escolleras.

La voz se oía, pero a intervalos, y parecía la del señor Albani. Venía de la punta extrema

Emilio Salgari

del escollo; pero dicha parte estaba llena de cortaduras, pues más bien era una serie de peñas aisladas y fragmentos de rocas caídos de lo alto, todo lo cual obligaba a los marineros a marchar con cuidado para no resbalar o precipitarse al abismo abierto a cada instante a sus pies.

Al cabo de diez minutos llegaron a la punta dicha, la cual, a causa, probablemente, de su forma, estaba todavía más aislada de rocas y corroída por las olas que de continuo la combatían. Se detuvieron un instante escuchando atentamente, y oyeron con claridad una voz extenuada que pedía socorro, pero que parecía que salía de las olas.

— ¡Mil millones de rayos! — gritó Enrique—. ¡Está en el agua todavía el señor Albani y no tenemos ni una luz para guiarle!

— ¡No es posible que esté nadando todavía! — dijo el maltés—. ¡Hace dos horas por lo menos que se ha volcado la chalupa, y ningún nadador podría resistir tanto tiempo con este oleaje!

— ¡Pues te digo que la voz viene del mar! ¿Oyes?

No era posible engañarse; la voz resonaba en la base del escollo; pero—cosa extraña—

Devastaciones de los piratas

aquella voz más parecía salir de debajo de la tierra que no de entre las olas.

— ¡Señor Albani! — gritó Enrique—. ¿Es usted?

— ¡Sí! — respondió la voz un instante después.

— ¿Está nadando todavía?

— ¡No, estoy ahogándome!

— ¡En nombre de Dios, diga dónde está!

Esta vez no obtuvo contestación.

— ¡Bajemos, Marino! — dijo Enrique—. ¡Por fuerza está agarrado a los escollos!

Descendieron y se entraron adelante, luchando contra las olas, que por todas partes los asaltaban. Cogidos de una mano para estar prontos a prestarse ayuda, llegaron a poco ante una negra boca que parecía internarse en el parapeto de la costa.

— ¡Una caverna marina! — exclamó el maltés.

— ¡Entremos! — repuso Enrique con resolución.

— ¿No nos ahogaremos ahí dentro? ¡La invaden las olas!

— ¡No importa! ¡Adelante!

Esperaron a que la ola levantada por el viento se rompiese, y en seguida se deslizaron dentro de aquella tenebrosa galería, donde

Emilio Salgari

rugía el agua estrellándose contra las paredes.

— ¡Señor Albani! —gritó Enrique—. ¿Está usted aquí?

— ¡Socorro, Enrique! —articuló una voz desmayada.

El marinero, suspendido por una nueva ola que se arrojaba dentro del antro con fragor infernal, se dejó llevar adelante, y fue a caer contra un cuerpo que no tenía la consistencia de la roca, y que parecía acostado en el fondo de aquella caverna.

Acordándose en aquel instante del horrible cefalópodo que le asaltó en la caverna de la isla, se puso en pie para huir; pero le contuvo un gemido.

— Pero ¿es usted, señor Albani? —gritó.

— ¡Ayúdame, Enrique! —dijo el veneciano—. ¡Las olas me ahogan!

— ¡Mil terremotos! ¡Usted, señor! ¿Está usted herido acaso? —preguntó precipitándose hacia su desgraciado compañero.

— ¡Sí, Enrique; sácame de aquí!

El marinero se inclinó buscándole a tientas, hasta que le encontró; entonces lo cogió entre sus robustos brazos, apretándole contra su pecho; Marino iba en su ayuda.

Esperaron a que la ola desalojase, y salie-

Devastaciones de los piratas

ron precipitadamente de la caverna, corriendo a lo largo de la costa para no verse arrojados contra los escollos; al cabo se detuvieron, tendiendo al señor Albani en el lugar menos expuesto al viento y a la lluvia.

— ¡Gracias, amigos! — balbuceó con voz débil.

— Dígame usted, señor: ¿dónde está herido? — preguntó el marinero cogiéndole la cabeza.

— ¡Estoy lleno de contusiones; pero creo que no será cosa grave! ¡Me parece que tengo rotas las costillas; tan violento fue el golpe que recibí de la ola que me arrojó contra las peñas!

— ¡Gran Dios!

— Tranquilízate, Enrique; no tengo nada roto — dijo Albani esforzándose para sonreír—. ¿Y la chalupa?

— Perdida, señor; pero dejémosla que el mar se la lleve adonde quiera, y cuidémonos de usted. ¿Qué es lo que debemos hacer?

— ¿Qué? ¿Querrás acaso llamar a un médico?

— ¡Bromea usted, hombre admirable!

— Déjame descansar, que por ahora no necesito más.

Emilio Salgari

— ¡Pero debe usted sufrir mucho!

— ¡Bah! ¡Todo pasará, Enrique! Mañana por la mañana veremos si se ha estropeado algún resorte de mi máquina, aun cuando espero que estará todo intacto. Lo que tengo es que estoy desencuadrado; eso es todo.

— ¿Hacía mucho tiempo que estaba usted en aquella caverna?

— Un par de horas o algo más.

— ¿Le llevaron hasta allí las olas?

— No lo sé. Cuando me arrojaron contra los escollos recibí tal golpe, que casi perdí el sentido. De lo que sucedió después no me he dado cuenta: únicamente sé que al volver en mí me encontré en el fondo de la caverna, que invadían las olas a cada instante, y que concluirían por ahogarme. Haciendo un esfuerzo enorme me arrastré hasta la extremidad del antro, y allí me desvanecí por segunda vez.

— ¿No oyó usted nuestros gritos, señor?— preguntó Marino.

— Era imposible oírlos con el fragor ensordecedor que producían las olas al penetrar en la caverna.

— ¡Le teníamos por muerto!—dijo Enrique—. ¡Qué desgracia para nosotros si usted hubiera llegado a faltarnos!

Devastaciones de los piratas

—Ahora ya hubierais podido arreglaros sin mí.

—¡No, señor! ¡Sin usted, nuestra isla ya no tendría atractivo!

—¡Bravo muchacho!—murmuró el señor Albani conmovido—. ¡Cuánto cariño hay en estos hombres de mar!

CAPÍTULO XI

SOBRE EL ESCOLLO

El huracán imperó toda la noche sin dejarlo un solo momento. El mar, fuertemente agitado por el ventarrón de Poniente, azotó sin descanso el escollo mugiendo de un modo pavoroso, penetrando con violencia en las grietas, cavernas y cavidades, conmoviendo masas de granito de muchos quintales de peso, y lanzando sus espumas hasta la roca a que se habían recogido los tres náufragos.

La lluvia, que continuó cayendo y batiendo la cima del islote, descendía por las cañadas en impetuosos torrentes.

Hacia el amanecer las nubes acumuladas se rasgaron a un golpe de viento del norte, y la lluvia cesó casi en el acto.

Poco después el sol hizo su aparición por entre un jirón de aquella masa de vapores, ahuyentando las tinieblas e iluminando el mar,

Emilio Salgari

todavía tempestuoso. La isla apareció hacia el este, pero a una distancia tal, que los naufragos se miraron asustados.

—Pero ¿es nuestra isla, o es otra?—se preguntó el genovés—. ¡Me parece imposible que nos hayamos alejado tanto!

—No veo otra—dijo Marino—. Además, la nuestra debe encontrarse en esa dirección.

—¿Está muy lejos?—preguntó Albani, que, hallándose todavía acostado, no alcanzaba a verla bien.

—A veinticinco millas lo menos, señor—respondió Enrique.

—¿Tanto corrimos ayer tarde para encontrar un paso entre las rompientes? ¡Eso es grave, amigos míos! ¡Ayudadme a levantar!

—No, señor; siga acostado: está usted todavía muy débil.

—Me encuentro mejor, Enrique.

—¡Pero está usted herido, señor! ¡Veo algunas gotas de sangre en sus pantalones!

—Tengo una contusión en la rodilla derecha; pero no es nada, amigo mío. En un principio creí que habría sufrido heridas de verdadera importancia.

Apoyándose en los brazos del genovés y de Marino se levantó y miró hacia el este.

A una distancia de veinticinco o quizás de

Devastaciones de los piratas

treinta millas, se divisaba la alta montaña de la isla destacándose limpiamente sobre el fondo luminoso del cielo: lo que no era visible eran las costas. Una larga fila de rompientes se extendía en aquellos escollos, todos de origen coralífero; no estaban unidos, y parecía que a cierta distancia faltaban por completo. De seguro que había bancos, los que impidieron el paso de la chalupa; pero como todavía el mar estaba muy agitado, no se podían ver.

— ¡La cosa es grave! —repitió el señor Albani, que había quedado pensativo—. ¿Cómo vamos a atravesar esas veinticinco o treinta millas, ahora que hemos perdido la chalupa? ¿Estaremos destinados a permanecer en este islote?

—Usted encontrará el medio de salir de esta situación, señor—dijo Enrique—. Sabe tanto, que puede sacar utilidad de cualquier cosa.

—Pero este islote me figuro que será un árido escollo privado de todo, Enrique.

—Todavía no lo hemos visitado, señor.

—Ayúdame a subir a aquella roca. Desde allí podremos ver mejor si esa línea de rompientes se extiende hasta nuestra isla, y al

Emilio Salgari

propio tiempo nos daremos cuenta de los recursos que pueda ofrecernos este escollo.

Los dos marineros pasaron los brazos por debajo de los del veneciano, y casi suspendiéndole le condujeron a la cima del islote, que se elevaba a unos cincuenta metros sobre el nivel del mar.

Desde allí se podía ver todo lo que les rodeaba, distinguir, un poco confusamente, la alta costa de la isla, y reconocer con una sola mirada su nuevo refugio.

El señor Albani no se había engañado: aquel islote, que surgía en el extremo de la larga fila de rompientes y bancos, no podía ofrecerles recurso alguno, ni mucho menos proporcionarles un medio para volver a su cabaña. Parecía el extremo del cono de un volcán levantado por algún cataclismo submarino, porque las vertientes de la cumbre estaban cubiertas de lava vieja, grafitos cristalizados e incrustaciones marinas. Sobre todo, se veían aún en la cumbre abundantes conchas y pedazos de coral, común en aquellos mares, cuyos microscópicos infusorios habían construido la escollera maravillosa que concluiría por convertirse en una verdadera isla.

Sin embargo, el escollo era de muy regulares proporciones, pues muy bien podría tener

Devastaciones de los piratas

una circunferencia de mil metros. No todo él era quebrado, pues mientras que por la parte meridional descendía casi a pico, por la del norte y occidente bajaban suavemente, y en la base se extendía formando una verdadera playa arenosa.

No crecía ningún árbol entre aquellas rocas; tan sólo algunas matas no muy lozanas y plantas sarmentosas se veían en lo hondo de pequeños barrancos, alimentados por las lluvias que se estancaban en aquellos bajos.

También debían de faltar animales; pero no pájaros, porque sobre ciertas rocas talladas a pico que caían al mar, se oían de cuando en cuando píos y chillidos de alegría.

Probablemente, serían golondrinas marinas de la especie de las *salanganas*, volátiles muy comunes en todas las islas de aquel archipiélago, sobre todo en las desiertas o poco habitadas, pues les gusta mucho el reposo y la tranquilidad.

—¿Qué dice usted, señor?—preguntó Enrique al veneciano, que proseguía observando el islote—. ¿Cree usted que podamos volver a nuestra isla?

—Temo mucho, amigo mío, que esta inesperada aventura nos haga pasar momentos muy malos—respondió Albani—. Dime: ¿tú crees

Emilio Salgari

que la chalupa se haya roto contra los escollos?

—No, señor; porque se volcó antes de tocar las rocas de este condenado islote.

—Entonces, si no se ha roto flotará todavía.

—Lo creo, porque como era de una pieza y muy pesada...

—Esperemos, pues, que la hayan embarrancado las olas en algún banco de arena. Sin ella no podemos salir de este islote.

—Pero las olas pueden haberla llevado muy lejos, señor. El viento soplabá del oeste, y la habrá llevado al este—dijo Marino.

—¡Es verdad!—dijo Albani moviendo la cabeza.

—Pero hay escollos—dijo Enrique—. Nadiendo podemos pasar de uno en otro y acercarnos a la isla.

—Pero hay interrupciones considerables en la línea—repuso Albani—. Además, tú no ignoras que son numerosos los tiburones y los torpedinos en estas aguas, y que no poseemos arma alguna para defendernos.

—Entonces, ¿vamos a perecer de hambre en este escollo desierto?

—No hay que desesperarse tan pronto, Enrique. Cuando se haya calmado el mar, veremos

Devastaciones de los piratas

si los escollos y los bancos nos permiten acercarnos a la isla; además, encenderemos una hoguera muy grande, que quizás pueda divisarse desde la plataforma de nuestra cabaña.

—¿Conserva usted todavía la yesca y el eslabón?

—Sí, Enrique: lo llevo siempre encerrado en un botecito impermeable.

—¿Y cree usted que Piccolo Tonno pueda alcanzar a ver una hoguera encendida en este escollo?

—Probablemente; porque yo no creo que este volcán esté muy lejos de la costa septentrional. Mientras tanto, amigos míos, vamos a buscar donde cobijarnos, y, si es posible, algo de comer. Mariscos no deben faltarnos en esta playa arenosa.

Bajaron la cumbre, recorrieron la base de aquel cono volcánico, y descubrieron una profunda cavidad, suficiente para libertarlos de los rayos del sol, que eran ardentísimos, pues el cielo se hallaba casi despejado por completo.

El señor Albani y Marino se despojaron de sus vestidos para ponerlos a secar; pero Enrique continuó explorando el islote con la esperanza de encontrar varada la chalupa en algún arenal, o de descubrir en el fondo de cualquier

Emilio Salgari

depresión de la montaña árboles que pudiesen proporcionarles una balsa.

Pero perdió el tiempo, puesto que no vio más que malezas y arbustos, y aun éstos en tan escasa proporción, que no se podría intentar el hacer con ellos ni una balsa.

Visitó la playa arenosa e hizo una gran recolección de mariscos, entre los cuales había algunas ostras llamadas de Singapoore, que son tan apreciadas y que pesan varios kilogramos.

Vio rastros numerosos de tortugas, pero no alcanzó a descubrirlas, aun cuando estaba seguro de que se hallaban escondidas entre las escolleras.

Rebuscó entre la arena, porque no ignoraba que dichos animales tienen la costumbre de poner allí sus huevos; mas sin resultado alguno, pues es sabido que las tortugas borran hábilmente todo rastro que pueda descubrir su nido.

Al regresar encontró una especie de estanque de gran capacidad entre dos rocas profundamente socavadas. Aquel descubrimiento le alegró bastante, porque, por lo menos, no se correría peligro de morir de sed en el caso de que se prolongara la prisión.

Todo el día continuó el mar muy agitado,

Devastaciones de los piratas

impidiendo a los náufragos acercarse hasta donde arrancaba la línea de las rompientes y se amontonaban los bancos que no habían dejado pasar a la chalupa. Hacia el anochecer las olas comenzaron a ser menos impetuosas y a chocar contra el escollo con más blandura.

Cuando se hizo de noche del todo los náufragos volvieron a la cumbre, llevando consigo plantas trepadoras secas, ramas desgajadas y maleza, con objeto de hacer la señal.

Llegados a la cumbre miraron hacia la isla, cuya alta montaña se diseñaba confusamente en el estrellado horizonte, procurando ver algún punto luminoso que indicara la dirección de la cabaña aérea.

—Vea usted, señor Albani—dijo de pronto el maltés, que miraba fijamente hacia el noroeste.

El veneciano y Enrique miraron en la dirección indicada, y descubrieron en la margen extrema de la isla y casi a flor de agua, una lucecita que no podía confundirse con ninguna estrella.

—Es Piccolo Tonno, que prepara la cena delante de la cabaña—dijo Enrique—. ¡Si ese valiente muchacho supiera que le espiamos ansiosamente y que invocamos su socorro!

Emilio Salgari

¡Ah! ¡Qué contento se pondría compartiendo la cena con nosotros!

—Sí—dijo Albani—; ese fuego lo ha encendido el muchacho. No me equivoco acerca de la posición de este escollo. Debe de ser el que veíamos desde la ventanilla de la cavana.

—Entonces, ¿nos encontramos frente a nuestros almacenes?

—Si no enteramente de frente, un poco hacia el sur, pero a veinticinco o treinta millas de distancia.

—¿Cree usted que Piccolo Tonno llegará a distinguir nuestro fuego?

—Sí lo creo.

—¿Y que venga en nuestro socorro?

—Eso es lo que no podemos saber. Puede figurársele que el fuego lo han encendido piratas, y en vez de contestarnos, huya.

—¡Demonio!—murmuró Enrique rascándose con furia la cabeza—. Pero viendo que no volvemos, debe imaginar que nos ha sucedido alguna desgracia.

—Antes transcurrirán varios días, pues no le hemos fijado la fecha de nuestro regreso; mas viendo, como verá todas las noches, esta lumbre, concluirá por pensar que es alguna se-

Devastaciones de los piratas

ñal que se le hace. Ahora encendamos estas raíces.

Reunieron en lo más alto del cono la leña, y le prendieron fuego.

Una gran llamarada se elevó rápidamente lanzando al espacio nimbos de chispas, que el vientecillo de la noche esparcía sobre el mar como otras tantas estrellas diminutas.

Parecía que había despertado de su sueño de siglos el antiguo volcán. Sus vertientes, iluminadas por aquella hoguera que reavivaba el viento, parecía cubierto de ardiente lava, mientras el mar se teñía de reflejos sanguinolentos.

Aquel gran resplandor, que se destacaba de un modo preciso bajo el cielo oscuro y sobre las aguas, no podía pasar inadvertido para el mozo, a pesar de la distancia que separaba el escollo de la costa septentrional de la isla.

La hoguera brilló durante un cuarto de hora entre las tinieblas; después, faltas de leña, se fueron bajando las llamas poco a poco, hasta que se extinguieron por completo.

Los náufragos, de pie sobre la roca más alta, miraban siempre hacia el noroeste, en espera de ver agrandarse el punto luminoso; pero en vez de eso, desapareció de repente.

— ¡Piccolo Tonno no nos ha comprendi-

Emilio Salgari

do!—dijo Enrique—. ¡Ha debido asustarse, a lo que parece!

—Es probable—respondió Albani—; pero concluirá por persuadirse de que este fuego es una señal que le hacemos.

—¡Pues repitámosla, señor!

—Es inútil, Enrique. Piccolo Tonno debe haber divisado nuestra lumbre, y tenemos que economizar la leña, puesto que son muy escasas las plantas en este islote. Aun cuando tuviésemos encendido el fuego toda la noche, no lograríamos persuadir al mozo de que es una señal de peligro. Repitiéndola varias noches, y viendo que no volvemos, entonces puede ser que crea que somos nosotros, que pedimos socorro. Bajemos, amigos míos, y vamos a dormir.

Como era inútil velar, pues no había temor a que los asaltase nadie, y estaban, además, rendidos por no haber dormido la noche anterior, se apresuraron a volver a la cavidad para cerrar los ojos.

Nada turbó el sueño de los náufragos, y, por lo tanto, reposaron tranquilamente hasta el amanecer, a pesar de los mugidos de los olas, que se deshacían siempre con gran violencia contra el islote.

Por la mañana el mar había vuelto a en-

Devastaciones de los piratas

calmarse; solamente recorrían su superficie largas ondulaciones, las cuales se deshacían en las rompientes.

Comieron unas docenas de ostras que el maltés cogió en la playa, y en seguida volvieron a subir a la cumbre del volcán, con objeto de ver si en la isla se descubría alguna señal. Todo en vano: ni en la playa ni en la montaña se veía alzarse ninguna columna de humo.

Sin duda, Piccolo Tonno, no pensando quiénes eran los autores de aquella señal, había creído prudente no contestar. Acaso sospecharía que fuesen piratas o pescadores de las islas Zulús o de Borneo, individuos todos que estaban muy bien cuanto más lejos.

Entonces volvieron su atención hacia los escollos de las rompientes para ver si era posible intentar el paso; pero las grandes ondulaciones, que de cuando en cuando se estrellaban sobre la escollera, no les permitieron distinguir los bancos que debían prolongarse en dirección de la isla. Era, pues, preciso esperar a que estuviese el mar perfectamente tranquilo.

—Por hoy no podemos intentar nada—dijo Albani—. Esta noche repetiremos las señales, y si no obtenemos respuesta, mañana, si el mar está tranquilo, nos aventuraremos en las rompientes.

Emilio Salgari

Un poco desilusionados, descendieron hacia la playa para coger moluscos, ostras, etcétera, pues no había otra cosa que comer.

Mientras los dos marineros, metidos en el agua hasta las rodillas, registraban los escollos vecinos y recogían los apetitosos moluscos y pescaban cangrejos, el señor Albani, aun cuando cojeando todavía, exploraba el islote, con la esperanza de descubrir alguna tortuga, o, por lo menos, algún agujero lleno de huevos de dichos reptiles. Pero fueron en balde sus pesquisas. Se distinguían señales recientes del paso de las tortugas, mas ninguna salía a la orilla.

Se encaramó a las rocas, mirando los repliegues y pequeños vallecitos que formaba la montañuela, por si encontraba alguna planta que le fuese útil, y no vio más que malezas medio secas, plantas trepadoras, casi secas también, y raíces. En cambio abundaba la lava, la piedra pómez, sobre todo, en una depresión que subía hacia el cono. Allí encontró un verdadero torrente de lava enfriada, y que no parecía tan vieja como la otra. Con una piedra partió las diversas costras, y pudo contrastar que, a cierta profundidad, todavía dicha lava conservaba algún calor.

—Señor, ¿qué hace usted?—le preguntó En-

Devastaciones de los piratas

rique, que había terminado la recolección—. ¿Cree usted que pueda haber algún tesoro oculto bajo esas piedras?

—No; miraba si entre esta lava había alguna substancia mineral aprovechable.

—¿Oro quizás?

—Oro, no; hierro.

—¿Y lo ha encontrado usted?

—No, Enrique; pero, en cambio, he hecho un descubrimiento curioso.

—¿Cuál, señor?

—He encontrado lava que todavía conserva algún calor.

—¿Lava que arrojó este volcancito?

—Sí.

—¿Caliente todavía?—exclamó asombrado el marinero—. Entonces, ¿éste no es un volcán apagado?

—El cráter no existe; por lo tanto, debe estar apagado.

—Nosotros no le hemos visto nunca en erupción, señor.

—Puede haberse apagado hace veinte, cincuenta, quizás cien años.

—¡Pero, señor; si dice usted que la lava está caliente todavía! Siendo así, debe haberla arrojado hace muy poco tiempo, y nosotros no hemos visto llamas en esta dirección.

Emilio Salgari

—Amigo mío, debo decirte que la lava que se cubre en seguida con alguna capa de tierra o de otra cosa por el estilo, como tiene una irradiación muy débil, conserva el calor durante muchos años, y, según algunos hombres de ciencia, dignos de fe, hasta un siglo.

—¡Anda! Si estas cosas me las contase otro, palabra de marinero que no las creería.

—Añadiendo que la irradiación de la lava es tan ínfima, que se han visto volcanes que vomitaban juntamente masas de hielo y de lava.

—¿Salir masas de hielo de un volcán que llamea?

—Sí, Enrique. Caso tan extraño se ha producido en Islandia con frecuencia.

—Diga usted, señor: ¿será muy antiguo este volcancito?

—No lo creo, a juzgar por el buen estado de las conchas amontonadas en las cenizas.

—Yo quisiera saber cómo surgen o por qué surgen del mar estas islas. Que se hundan, medio lo comprendo; pero que se eleven, me parece inexplicable.

—Se levantan por la fuerza del poderoso empuje que produce la masa de vapores encerrados en la costra terrestre. Como sabrás probablemente, no se ha extinguido el fuego en el

Devastaciones de los piratas

interior de nuestro globo (1). El agua que se filtra a través de los poros de la corteza, al encontrarse un día en contacto con ese fuego, se evapora.

—Le comprendo, señor Albani: el vapor, no encontrando por donde salir, sacude y rompe la costra.

—Eso es, Enrique; pero la rompe con fuerza irresistible, derrumbando las galerías subterráneas y produciendo estragos inmensos, sobre todo en la superficie, donde tritura la costra terrestre. Un cataclismo semejante, formidable, con seguridad, ha acaecido en época más o menos lejana en el fondo del mar, y la sacudida y el empuje han debido ser de tal naturaleza, que han desgarrado la costra y han hecho salir este cono fuera del agua. No son escasas las islas que se han formado de esa manera. Casi todas las Azores son de origen volcánico, y aún no hace muchos años, en el mil ochocientos doce, si no me equivoco, surgió de improviso una isla cerca de las costas de Sicilia, pero que las aguas destruyeron muy pronto.

—¿Producen esos levantamientos los terremotos?

(1) Las novísimas teorías de la Geología niegan la existencia de esos fuegos centrales.

Emilio Salgari

—Al contrario; ellos son debidos a los terremotos.

—¿Y por qué se habrá apagado este volcán?

—Quizás por la brusca invasión del mar.

—Debe haber estallado como una bomba.

—Ciertamente, Enrique. Debió ser en un principio mucho más elevado; pero al seguir en erupción fue descendiendo, rellenándose al fin el cráter con sus propios restos.

—¿Hay otros muchos volcanes en erupción, señor Albani?

—Varios; pero no siempre ha sido causa de sus erupciones el agua, y no todos se han extinguido. Los ejemplos los tenemos en el Etna, que con sus erupciones formó el llamado *Val del Bove*, y en el Vesubio, que en el setenta y nueve de nuestra era enterró bajo una lluvia de ceniza y lava las poblaciones de Herculano, Pompeya y Stabia. Cuando hizo erupción en la América Central el Coseguina, cubrió los campos que le rodeaban con una capa de ceniza de cinco metros de altura en una superficie de cuarenta y nueve kilómetros, y la detonación se oyó a mil quinientos sesenta kilómetros de distancia.

—¡Rayos, qué estampido!

—Cuando a su vez estalló en mil seiscientos noventa y ocho el Timbono, en la

Devastaciones de los piratas

isla de Sumbava, produjo la caída de tan gran masa de rocas, tierras, etcétera, que equivalían a tres veces la mole del Mont Blanc, extendiéndose toda esa masa sobre una superficie igual a la de Italia y media Francia, y la piedra pómez nadaba en el mar con un espesor de un metro.

— ¡Relámpagos y terremotos! ¡Demos las gracias a este volcancito, que ha tenido la buena ocurrencia de hacer explosión hace cincuenta o cien años! ¡Por tales muestras, lo mejor es estar lejos de ellos!

CAPÍTULO XII

LAS SEÑALES ENTRE LA ISLA Y EL ESCOLLO

Al llegar la noche volvieron a subir al cono los tres náufragos, llevando consigo sendos brazados de malezas y algas marinas que recogieron en los parapetos de la escollera y que habían secado al sol.

Tenían intención de encender varias hogueras para atraer mejor la curiosidad del muchacho, el cual, probablemente, al ver repetirse y multiplicarse las señales, comprendería al fin que les había sucedido alguna desgracia.

Primero miraron con profunda atención hacia la punta extrema de la isla, y el maltés, que tenía mejor vista que los otros, no tardó en distinguir el punto luminoso que observaron la noche anterior. Sin embargo, parecía que no surgía entonces al nivel del mar, sino que ardía en un sitio más elevado, quizás en la cumbre de una roca.

Emilio Salgari

—¿Habrá ido Piccolo Tonno a guisar la cena en la escollera?—dijo Enrique—. ¿O habrá encendido ese fuego en la altura para hacerlo más visible?

—Yo creo que nuestro valiente Piccolo tendrá algún motivo para haberlo encendido ahí—dijo Albani.

—¿Cuál, señor?

—Ver si le contestamos.

—¡Pues apresurémonos a encender nuestras hogueras!

Hicieron tres montones con las ramas y las algas, distanciados algunos pasos unos de otros, y los encendieron, soplando en ellos para que ardiesen mejor.

Cuando se irguieron pudieron ver que el punto luminoso de la extremidad de la isla se había agrandado de un modo considerable. Poco después aparecieron otros dos puntos luminosos a cierta distancia del primero.

Un grito de alegría salió de los labios de Enrique y del maltés.

—¡Ya no hay duda; Piccolo Tonno responde a las señales!

—¡Así lo creo yo también!—dijo Albani.

—¡Entonces, mañana vendrá en nuestro socorro!

—Pero, ¿cómo, si la chalupa no existe?—preguntó Marino.

Devastaciones de los piratas

—Construirá una balsa—repuso Albani—. El muchacho es inteligente, y no retrocederá ante dificultad alguna.

—Es preciso continuar con las señales—dijo Enrique—. Vamos a coger más leña, Marino.

Los dos marineros descendieron a la quebradura en busca de más ramaje, mientras Albani permanecía vigilando en la cumbre del cono.

Había transcurrido un cuarto de hora, cuando se vio aparecer un cuarto punto luminoso casi frente al escollo, pero mucho más abajo y a flor de agua. Muy pronto el punto dicho se dilató agigantándose, y una gran columna de humo, con reflejos rojizos, se elevó sobre la isla, coronada de haces de chispas. No parecía sino que estuviese ardiendo un pedazo del bosque.

—Piccolo Tonno nos dice que ya sabe que nos encontramos aquí—dijo Albani a los dos marineros, que ascendían por el cono cargados de ramas y plantas trepadoras—. ¡No podemos engañarnos!

—¿Cómo se habrá arreglado para saberlo tan pronto?—preguntó Enrique—. ¿Habrá llevado el agua a la isla alguna cosa de nuestra pertenencia?

—Puede ser—respondió Albani—. Algún remo, o las cerbatanas, o el mástil, que se habrá salido de la chalupa.

Emilio Salgari

— ¡Oh! ¡Está quemando otro grupo de árboles un poco más al sur! ¡El pequeño se propone quemar nuestra floresta entera!

— No será tan imprudente, Enrique. Echad más leña a las hogueras, que se están apagando.

Nuevas ramas hicieron revivir los fuegos. El cono estaba iluminado por completo y debía de verse a gran distancia. También las hogueras de la isla proyectaban una luz muy viva, distinguiéndose con gran precisión sobre el fondo oscuro del cielo.

Durante dos horas el mozo y los náufragos continuaron cambiándose señales, hasta que por fin se apagaron las hogueras de una parte y de la otra. Pero ni Albani ni Enrique ni el maltés pensaban en dormir ni en abandonar la cresta del cono, esperando que apareciese alguna otra señal en la playa de la isla.

Con gran ansiedad esperaron la llegada del día, pues estaban ciertos de que iban a ver al mozo navegando hacia ellos en alguna balsa; con esta ansiedad, la noche les parecía eterna.

Por su parte, el tiempo amenazaba aguar sus esperanzas, pues el cielo se cubría otra vez de pesadas nubes, cual si se preparase un nuevo huracán, y la brisa aumentaba, soplando de cuando en cuando con cierta violencia.

Si el mar volvía a encrespase, Piccolo Ton-

Devastaciones de los piratas

no no podría ir tan pronto a libertarlos de aquella prisión, que todos comenzaban a encontrar insoportable.

Hacia las tres de la mañana el trueno comenzó a rugir entre las nubes, y algunos relámpagos surcaron el espacio en dirección del este. El mar se encrespó y se estrelló con furor contra el islote y las rompientes.

—¡Mil millones de relámpagos!—exclamó furioso Enrique—. ¡No nos dejan en paz estos condenados huracanes!

—Probablemente, será el último de la estación—dijo Albani.

—Sea el último o el penúltimo, vendrá a impedirnos salir de aquí. ¡Es demasiado!—repuso Enrique.

—¡Ah! ¡Si Piccolo Tonno se apresurase!

—No se atreverá a aventurarse entre las rompientes y los bancos antes de que se haga el día. ¡Armémonos de paciencia!

Se acurrucaron detrás de una roca para resguardarse del viento, que soplaba violentamente en aquella altura aislada, sin apartar la vista de la isla.

El huracán, en tanto, avanzaba con rapidez extrema; pero venía de oriente.

Las estrellas habían desaparecido tras espesísimas nubes de vapores que el viento amon-

Emilio Salgari

tonaba, y el mar rugía sordamente al pie de los escollos.

Si continuaba aquello, Piccolo Tonno se detendría, no atreviéndose a afrontar las olas en una balsa.

A las cuatro comenzó a clarear por oriente, tiñéndose las aguas de un color de acero.

Albani, el genovés y Marino se habían levantado presa de una ansiedad vivísima, mirando hacia la isla.

Le pareció distinguir casi de repente una mancha grisácea que avanzaba a lo largo de las rompientes.

— ¡Es una vela! —exclamó el maltés—. ¡Estoy seguro de que no me engaño!

— ¿Se habrá lanzado al mar el muchacho? —dijo Enrique—. ¡Ah; con qué ganas voy a abrazar a ese animoso pequeño!

— ¡Sí; es una vela! —afirmó Albani después de una observación atentísima—. ¡Piccolo Tonno ha construido una balsa e izado en ella una vela!

— ¡No es una balsa! —dijo el maltés, que había subido gateando a la punta más alta del cono—. ¡Veo una mancha negra de forma alargada bajo la lona!

— ¡Tú sueñas, camarada!

— No, marinero —repuso Marino—. Te digo

Devastaciones de los piratas

que Piccolo Tonno viene en nuestro socorro con una chalupa.

— ¡Con una chalupa! —exclamaron Albani y Enrique.

— ¡Sí! ¡Sí! ¡Ahora la distingo bien!

— Pero ¿dónde quieres que haya encontrado una chalupa? —preguntó Enrique.

— ¿Será la nuestra? —se preguntó el veneciano.

— ¡Es imposible, señor!

— ¿Por qué ha de ser imposible? Puede haberla llevado cualquiera corriente hacia la isla, y Piccolo Tonno haberla escontrado encallada, Enrique.

— Efectivamente, señor; si el muchacho no la hubiese encontrado, creo ahora que no habría respondido tan pronto a nuestras señales. Piccolo Tonno es prudente, y en lugar de encender aquellas hogueras hubiera apagado hasta la lumbre del hornillo por temor de atraer nuestra atención, teniendo, como todos nosotros, motivos suficientes para sospechar de los piratas.

— ¡Sí; es nuestra chalupa! —gritó Marino—. ¡La reconozco perfectamente!

Ya no había posibilidad de equivocarse. Albani y Enrique la distinguían también cerca de las primeras rompientes a la luz del sol, que había asomado por entre el jirón de una nube.

Piccolo Tonno la guiaba con mano firme, manteniéndose siempre lejos de las rompientes, por temor de que las olas le arrojasen contra aquellos obstáculos peligrosos.

Las oleadas le acometían con gran ímpetu, pero el muchacho no se aterrorizaba; antes bien, se le veía con una mano en el largo remo que le servía de timón, y sujetando con la otra la escota de la vela.

El señor Albani, Enrique y el maltés, fuera de sí con alegría y hondamente conmovidos, bajaron la cumbre del volcán y se habían reunido cerca de las primeras rompientes.

—¡Bravo, mi Piccolo Tonno!—gritaba el genovés—. ¡Eres un verdadero marinero!

A las siete de la mañana, la chalupa, después de haber remontado un banco, embarrancaba en la playa arenosa, y el mozo, que reía y lloraba a un mismo tiempo, se precipitó en los brazos del señor Albani primero, después en los de Enrique, y, por último, en los de Marino.

—¡Ah!—exclamó—. ¡Los he llorado creyéndoles ahogados a todos! ¡Otro abrazo, señor Albani; otros más, mi buen Enrique!

—Pero ¿cuándo has encontrado la chalupa?—le preguntó Albani.

—Ayer tarde, poco antes de anochecer.

—¿En dónde?

Devastaciones de los piratas

—Había embarrancado en la arena cerca de los viveros de las tortugas. Ya puede usted imaginar cuál sería mi desesperación al encontrarla volcada, y cuál mi alegría cuando divisé las tres hogueras en este escollo. No dudé que fuesen ustedes, y me apresuré a contestarles.

—¿Habías visto el fuego que encendimos hace dos noches?

—Sí, señor, y me asusté mucho temiendo que fuesen piratas. ¡Qué feliz soy, señor! ¡Los creía perdidos, y los encuentro con un compañero más!.

—¿Tú también me perdonas? —preguntó Marino.

—Si te han perdonado el señor Albani y Enrique, ¿no he de perdonarte yo? Ahora abrázame; eres de los nuestros: un Robinsón italiano también. Pero, ¿y tu compañero? Huís-teis dos.

—Ya te contaremos todo eso después, Piccolo Tonno—dijo Albani—. Apresurémonos a dejar este escollo, o corremos el peligro de volver a naufragar.

El retardarse podría, en efecto, serles fatal, porque las olas continuaban levantándose, el viento arreciaba y grandes goterones comenzaban a crepitar en la superficie del mar.

Abandonaron el volcán, donde habían corri-

do el peligro de tener el fin de los náufragos de la *Medusa*, a no haber encontrado aquellas providenciales ostras, y tomaron el largo, poniendo la proa hacia la costa oriental de la isla.

Albani se puso al timón; Enrique, a proa, para ver mejor los escollos, y Piccolo Tonno y el maltés, a la vela.

La obscuridad crecía por momentos. El sol había desaparecido detrás de densos nubarrones, y, aun cuando no eran más que las diez de la mañana, parecía que comenzaba a anochecer.

Afortunadamente, el viento les era favorable, y la chalupa, recibiendo las olas por la popa, no corría peligro alguno, al menos por el momento. Corría como una gaviota, dejándose llevar por aquella masa espumante y líquida, sosteniéndose siempre a doscientos o trescientos pasos de la línea de las rompientes.

— ¡Pronto, pronto! —decía el señor Albani, que veía acercarse el huracán a toda velocidad, y que de vez en cuando se sentía inundado por las olas—. ¡Largad toda la vela!

Ya se distinguían perfectamente las costas de la isla, cuando el marinero, volviéndose hacia el este para medir la distancia recorrida, vio destacarse en el horizonte dos puntas blanquecinas que parecían correr hacia el sur.

Devastaciones de los piratas

—¿Dos pájaros muy grandes, o dos velas?—se preguntó—. ¡Mira hacia allí, Marino, tú que ves mejor que yo!

El maltés se volvió, fijando su mirada, que podía desafiar a los mejores gemelos, en los dos puntos indicados.

—Son dos grandes velas—dijo.

—¿Otro *tia-kan-ting* probablemente? ¡No nos hacía falta más que otro ataque de piratas!

—¡Mira bien, Marino!—dijo Albani.

—Por la forma de las velas, me parece que más bien es un junco—respondió el maltés.

—¿Te parece que se acerca a la isla?

—Sí, intenta guarecerse en esta costa.

—¿Serán piratas, señor?—preguntó Enrique.

—Ordinariamente los juncos (1) van montados por marineros chinos. Si estuviésemos en el golfo de Tonkín podría haber dudas; pero los juncos que navegan por estos mares se dedican a un tráfico honrado.

—¿Nos enviará el huracán otros compañeros? Porque en nuestra isla no hay puertos que puedan servir para refugiarse.

—Es probable que los que van en esa nave piensen hallar alguno. Si esos marinos encon-

(1) Los juncos son unas embarcaciones chinas muy anchas y costeras.

Emilio Salgari

trasen manera de poder desembarcar, no tendrían por qué quejarse de nosotros; el mar engruesa cada vez más, y nos va a hacer pasar un mal cuarto de hora.

No distaban en aquel momento más de dos millas de la isla; pero las olas, encontrándose estrechadas por la costa, llena de rocas, y la línea de las rompientes, volvían mar adentro de un modo tumultuoso, provocando contraolas peligrosas.

El señor Albani se había puesto en pie para ver mejor dónde se escondían los pequeños escollos, señalándose aisladamente por un espumeo incesante y por columnas de agua que saltaban a gran altura.

La chalupa, ahogada bajo los asaltos de aquellas masas líquidas, parecía que iba a desaparecer a cada instante; pero se enderezaba siempre.

Hacia el mediodía dio una virada sobre otra escollera que se extendía por delante de la costa, y penetró en una especie de canal formado por rocas cortadas a pico, una especie de *fiord* profundo, que estaba a cubierto de las olas y del viento.

— ¡Por fin! — exclamó Enrique.

Amainaron la vela y ataron la chalupa a un enorme pedrusco, mientras caía una lluvia torrencial.

Devastaciones de los piratas

— ¡Busquemos un refugio! —dijo Albani saltando a tierra—. ¡Con este temporal y tan cansados como estamos, no es posible ir hasta la cabaña!

—Pero nuestros almacenes no deben estar lejos—dijo Enrique.

—A dos millas de aquí—respondió Piccolo Tonno.

— ¡Es mucho para recorrerlas bajo este diluvio!

— ¡Aquí debe haber cavernas! —dijo Albani—. ¡Todas estas rocas están más o menos perforadas!

— ¡Busquemos una, señor! ¡Yo me caigo de sueño! —dijo Marino.

Estaban a punto de volver la espalda al mar y meterse entre las altas rocas de la costa, cuando preguntó el maltés:

—¿Y el junco?

—¿Se ve todavía? —preguntó a su vez Albani deteniéndose.

El maltés miró hacia el este; pero no se veía nada en el horizonte. Ciertamente que la lluvia impedía ver; pero bien podía haber sucedido que la tripulación hubiese renunciado a la idea de aproar hacia la isla, volviendo sobre su ruta al norte.

—Ha desaparecido—dijo Marino.

Emilio Salgarí

—¡Mejor para ellos! —respondió Enrique—. De otro modo, se hubieran estrellado contra estas escolleras. Vámonos: esto es un verdadero diluvio, y no tenemos el arca de aquel buen hombre que se llamó Noé.

CAPÍTULO XIII

EL NAUFRAGIO DEL JUNCO

Encontraron una cavidad que podía servirles de refugio.

Era una especie de gruta abierta en la base de una alta peña, de cuatro metros de ancho, pero, a lo que parecía, muy profunda.

Sin preocuparse de visitarla para cerciorarse de si la ocupaba algún habitante peligroso de los vecinos bosques, se metieron en ella para ponerse a salvo de las cataratas que descendían de las nubes.

Comieron algunos bizcochos de sagú, y una vez vaciado el recipiente de *toddy*, que el mozo había tenido la precaución de embarcar al salir de la isla, se acomodaron en un ángulo y trataron de dormir, pues no habían pegado ojo en toda la noche. Estaban seguros de que ningún animal feroz dejaría su cueva para ir en busca de presas. El huracán estallaba entonces

Emilio Salgari

con fragor horrible de truenos, señalando, probablemente, de aquel modo el fin de la mala estación.

La lluvia caía a torrentes, como si entre las nubes se hubiese roto un depósito de agua.

El viento silbaba en la selva vecina, torciendo las ramas y los troncos y desgajando las más grandes cañas de bambú, y el mar rompía con ruido atronador contra las escolleras, mugiendo en veinte tonos distintos.

De cuando en cuando relámpagos cegadores surcaban las nubes e iluminaban el espumante Océano, siguiendo los truenos tan fuertes, que hacían retemblar toda la isla.

Los cuatro Robinsones, a pesar de su cansancio, no podían dormir con aquel ruido. De cuando en cuando salía alguno para echar una mirada a la chalupa, temiendo que hiciesen irrupción las olas en el canal y la estrellasen contra las rocas.

Con frecuencia también volvían la vista en dirección del solitario escollo, creyendo que iban a ver aparecer de improviso el junco; pero la nave no aparecía.

Por la tarde, como continuase el huracán, se retiraron al fondo de la caverna y, acomodándose como mejor pudieron, trataron de dormir un poco.

Los truenos habían ido haciéndose cada vez

Devastaciones de los piratas

menos frecuentes, pero el viento seguía soplando con ímpetu y retorciendo los árboles de la floresta.

—Esperemos a mañana para regresar a nuestra caverna—dijo Enrique—. Me parece que ha transcurrido un siglo, y tengo ganas de ver a Sciancatello.

Sus compañeros no contestaron; dormían como lirones.

Su sueño, sin embargo, no fue muy largo, pues no habían transcurrido dos horas cuando a los oídos del maltés llegó el eco de un estampido que parecía proceder de la parte del mar. No era el estampido de un trueno, ni el de una ola contra los escollos, sino un sonido seco y rápido, que se parecía al de un disparo de una pequeña pieza de artillería, o, por lo menos, de una gran culebrina.

Sorprendido y algo inquieto se levantó y echó al mar una larga mirada; pero no vio más que tinieblas, entre las cuales apenas se divisaban las crestas espumosas de las olas.

—Me habré engañado, o estaría soñando? —murmuró.

Escuchó durante algunos minutos, pero como no volviera a oír la detonación, tornó a acostarse. Iba a cerrar los ojos cuando oyó otro disparo.

Emilio Salgari

No se había engañado: mar adentro tronaba un cañón o una gran culebrina.

—¡Señor Albani! —exclamó sacudiéndole vigorosamente.

—¡En pie, Enrique; arriba, Piccolo Tonno!

El veneciano y sus compañeros se levantaron en seguida.

—¿Qué sucede? —preguntó Albani.

—¡Están disparando cañonazos en el mar! —dijo el marinero.

Un tercer disparo resonó fuera, repercutiendo entre las rocas.

—¿El junco quizás? —se preguntó Albani.

Abandonaron precipitadamente la gruta y se lanzaron hacia las rocas, sin cuidarse del aguacero que los calaba.

Como los relámpagos brillaban de tarde en tarde, la obscuridad era tan grande que no podía verse lo que sucedía en el mar. Pero entre los silbidos del viento y el rugir de las olas se oían gritos de gentes que venían del Océano.

—Es algún barco que está a punto de naufragar—dijo Albani—. El huracán le empujará, seguramente, hacia esta isla.

—Pero no se ve nada—respondieron los tres marineros.

Devastaciones de los piratas

—Es preciso encender fuego para que comprendan esos desgraciados que aquí pueden encontrar socorro.

—¿Con esta lluvia?

—Tratad de arrancar alguna planta resinosa o gomífera. He visto algunos *giunta wan* cerca de esta gruta, y arderán como paja mojada en resina. ¿Tenéis algún arma?

—Sí—dijo Piccolo Tonno—; tengo un cuchillo.

—Anda a cortar lo que he dicho.

En aquel momento se vio en el tenebroso horizonte el resplandor de una llama, y poco después resonó un cañonazo.

—¡Pronto!—gritó Albani—. ¡Es un barco!

Los tres marineros se lanzaron hacia la gruta, cortaron algunas ramas de aquellas gruesas plantas trepadoras saturadas de goma, y las transportaron al acantilado, amontonándolas bajo la defensa de la roca. El señor Albani había encendido algunos copos de algodón y un pedazo de vela que le dio el mozo. En pocos instantes los *giunta wan* comenzaron a arder, aun cuando estaban mojados, y se levantó una gran llamarada que iluminó las escolleras y las olas que contra ellas se debatían.

En aquel instante el cielo, como envidioso de aquella lumbre, se iluminó; un vívido re-

Emilio Salgari

lámpago hendió las nubes cual cimitarra gigantesca, haciendo brillar las aguas hasta los extremos confines del horizonte.

—¡El junco!—gritaron los tres marineros.

No se habían engañado. A la lívida luz de aquel relámpago habían visto a una milla escasa de la playa una de esas naves pesadas, con la proa alta y casi cuadrada, que los chinos llaman juncos. Debía ser la que divisaron por la mañana.

A pesar de no habersele visto más que breves momentos, los tres marineros comprendieron que el barco se encontraba en condiciones desesperadas, pues no tenía palo ni vela alguno.

Sin duda, habían cortado la arboladura o la había roto el viento, y el esquife, impotente para regirse, iba de derivada hacia la escollera al impulso del huracán.

De cuando en cuando tronaba el cañón sobre el puente del pobre barco, y se oían agudos gritos pidiendo socorro.

—Enrique—dijo el veneciano, que no podía estarse quieto—, ¿crees que se puedan afrontar las olas con nuestra chalupa?

—No, señor; sería una imprudencia que nos costaría la vida, sin que pudiésemos prestar socorro alguno a los náufragos.

—¿Pero podemos permanecer indiferentes

Devastaciones de los piratas

mientras esos desgraciados corren peligro de irse a pique?

—Las olas los empujan hacia nosotros, señor—dijo el maltés—. Cuando la embarcación caiga contra las rocas, estaremos prontos para socorrer a los náufragos.

—¡Calla! ¡He oído un crujido!

Un grito inmenso se elevó en el mar, seguido de un disparo y de otro crujido horrible.

—¡A tierra!—gritó el señor Albani agitando un tizón encendido y acercándose a la escollera.

Otro relámpago iluminó la noche.

El juncó había embestido la escollera y se había tumbado sobre estribor, abriéndose el casco en las agudas puntas de los corales. A la luz del relámpago los Robinsones vieron correr desordenadamente sobre el puente inclinado de la nave a varias personas en medio de las olas que saltaban a bordo espumantes y mugidoras.

El señor Albani, los dos marineros y el mozo, con tizones encendidos a guisa de antorchas, saltaron a la chalupa, la cual, encontrándose dentro de aquel tranquilo canal resguardada por la escollera, podía tomar el largo sin correr peligro de hundirse.

Apoyando los remos en el bajofondo atravesaron en pocos momentos el canal y se

encontraron detrás de las peñas; pero entonces se oyó otro crujido más formidable que los primeros, y a la luz de las antorchas vieron los Robinsones abrirse por medio el desgraciado barco, y en seguida hundirse de proa y popa bajo el empuje irresistible del oleaje.

— ¡Rayos! — exclamó Enrique palideciendo.

— ¡Se han ahogado! — gritaron el maltés y el muchacho.

— ¡No — dijo Albani —; oigo gritos!

En efecto; entre los rugidos de las olas se oía el eco de la gritería. Parecía que algunos hombres habían podido agarrarse a la escollera.

— ¡Ánimo! — gritó el veneciano —. Vamos en vuestro socorro.

Se cogió a los salientes de la escollera y la remontó, seguido de Enrique, mientras el maltés y Piccolo Tonno mantenían inmóvil la chalupa.

Las olas saltaban sobre las rocas y descendían por el lado opuesto como furiosas cataratas; pero los dos Robinsones continuaban subiendo, registrando las hendiduras y huecos y mirando los restos de la nave.

De pronto tropezaron con algunos obstáculos amontonados en una cavidad de las peñas.

— ¡Demonio! — gritó el marinero recobrando prontamente el equilibrio.

Devastaciones de los piratas

Unas voces lastimeras respondieron a aquella exclamación.

—¿Hay náufragos aquí?—dijo Albani.

Varias formas humanas se alzaron delante de él gimoteando.

—¡Ánimo, jóvenes!—dijo el marinero—. Aquí cerca hay una chalupa dispuesta para transportaros. ¡Arriba! ¡Poneos de pie, y cuidado con las olas!

—¡Caballeros!—dijo una voz.

—¡Son españoles!—exclamó el veneciano—. ¡Seguidme!

—¡Somos unos pobres tagalos, señor!—dijo la voz.

—Tagalos o españoles, seguidnos; pero cuidado con las olas. ¿Hay más supervivientes?

—Faltan los chinos.

—Enrique, encárgate de los chinos, pues se encontrarán todavía algunos vivos. Yo me cuidaré de estos pobres náufragos. ¡Apresuraos, o si no os arrastrarán las olas!

Se levantaron cinco personas, le cogieron de las manos, le siguieron y descendieron por la escollera con grandes precauciones. El maltés y Piccolo Tonno los esperaban con gruesas ramas de *giunta wan*, encendidas todavía.

El veneciano y los náufragos saltaron a la chalupa. Solamente entonces vieron los Robinsones que no eran hombres todos aquellos

Emilio Salgari

desgraciados libertados de las olas: eran tres muchachas, un jovencito y un viejo.

—Conducidlos a los acantilados—dijo Albani al maltés—; yo voy a seguir registrando la escollera.

Salió al largo la chalupa y se reunió con el marinero, que registraba las peñas por todas partes dando grandes voces.

—¿Has hallado alguno más?—le preguntó.

—Me parece que las olas han arrastrado a los chinos—respondió el marinero—. No oigo voz alguna.

—¿Y el junco?

—Lo ha despedazado el mar, y se ha llevado los restos.

Recorrieron todos la escollera,teniéndose fuertemente cogidos por las manos, para resistir la furia del oleaje, registrando huecos, cavidades, etc.; pero no encontraron más naufragos.

—¡Se los ha tragado el mar!—dijo el marinero—. Ya es inútil que prolonguemos nuestras pesquisas, pues un golpe de agua de éstos nos envolvería.

—¡Desgraciados! — murmuró Albani—. ¡Volvámonos!

El maltés y Piccolo Tonno habían desembarcado a los naufragos cerca de la caverna; en seguida volvieron a atravesar el canal y espe-

Devastaciones de los piratas

raron bajo la escollera. Albani y Enrique se apresuraron a reunirse con ellos y se hicieron conducir junto a los tagalos.

—Ahora pensemos en estas pobres gentes— dijo el veneciano—. Tú, Marino, ve a cortar una nueva brazada de *giunta wan* para que se sequen un poco.

CAPÍTULO XIV

LOS TAGALOS

Los náufragos se habían inclinado delante de la lumbre para enjugarse los vestidos, que les chorreaban.

Como hemos dicho, eran cinco: tres muchachas, un jovencito y un viejo.

Todos eran tagalos, habitantes que pueblan las islas Filipinas.

Esta raza es una de las más bellas, de las más emprendedoras y de las más gallardas de los mares de la China.

Su color no es de oliva, como el de los malayos, ni moreno oscuro, como el de los bugueños, sino rojizo. Tienen los pómulos prominentes, pero el contorno del rostro es más romboidal que cuadrado; la nariz, un poco desarrollada, y los ojos, ligeramente oblicuos, pero en lugar de afearlos les da cierta gracia.

Las tres muchachas, que estaban entre los

quince y los veinte años, eran graciosísimas, tenían los ojos vivos y negros, el color un poco carminoso, los labios rojos, y los dientes más blancos que el marfil pulimentado.

Vestían unos pequeños jubones plegados, de colores vivos, y una camisa recamada, y calzaban zapatos de velludo tejido de oro. En el cuello llevaban varios collares de perlas, y en las orejas, grandes pendientes de procedencia española.

El joven no tenía más de veinticinco años, y el viejo debía de alcanzar ya los sesenta. Ambos eran de elevada estatura, pero el primero tenía las facciones algo distintas de las de los tagalos, lo mismo que el color, que era más terroso y casi gris. Los dos vestían telas ricas, pero llevaban la camisa por fuera de los calzones, como es costumbre en su país.

El viejo, así que vio acercarse el señor Albani, se levantó diciéndole:

— ¡Gracias, señor, por su socorro! ¡Sin usted hubiéramos sido presa de las olas!

—Cualquiera otra persona hubiese hecho otro tanto—respondió Albani con modestia—. ¡Eh, Piccolo Tonno! ¿Tenemos todavía algo de *tuwak*? Un sorbo hará bien a estas pobres gentes.

—Sí, señor—respondió el muchacho.

Volvió a la chalupa y subió poco después

Devastaciones de los piratas

llevando un recipiente de bambú lleno de aquella fuerte bebida y una buena cantidad de bizcochos.

Las muchachas y los dos hombres, dándole primero las gracias, bebieron algunos sorbos y comieron.

Mientras tanto, el viejo contaba su historia. Las muchachas eran hijas suyas, y el joven era el prometido de la más jovencita. Se habían embarcado en un junco chino con rumbo para las Molucas, con objeto de visitar una posesión que su futuro yerno tenía en Ternate, pues era moluqués.

Cercanos a Sanghier, un violento huracán los acometió, y el junco se vio empujado hacia el oeste, a pesar de los desesperados esfuerzos de la tripulación, compuesta de quince hombres.

Apenas habían chocado en las peñas, y sin hacer caso de los consejos del capitán chino, se arrojaron al agua, y las olas los lanzaron sobre los escollos. Poco después la nave, abierto el casco por las puntas coralíferas, desaparecía con cuantos la tripulaban.

—¿Vivís en Manila?—preguntó Albani al viejo.

—No; vivimos en las islas Calaminas—respondió el tagalo—. Yo era jefe de una aldea.

Emilio Salgari

—¿Habéis oído al capitán del junco el nombre de esta isla en que estamos?

—No, señor. Creo que el capitán no sabía que existía.

—Entonces, ¿usted no sabe tampoco qué país es éste?

—Supongo que sea una de las islas del archipiélago Zulú, porque desde las Sanghier hemos venido siempre empujados hacia al noroeste.

—Lo mismo supongo yo—dijo el moluqués.

—¿Vosotros sois náufragos también?—preguntó el viejo.

—Sí; pero no os inquietéis por eso. Poseemos una casa, animales, víveres y una huerta: no pasaréis hambre.

—¿No tenéis ninguna embarcación para poder abandonar esta isla?

—La chalupa que visteis, y con la cual no se puede emprender una navegación larga. Estamos como prisioneros en esta isla; pero no lo lamentamos, porque con el trabajo y la perseverancia nos hemos proporcionado cuanto es preciso para nuestra existencia.

—¿Pero nosotros...?—preguntó el viejo.

—Si queréis, podéis formar parte de nuestra familia, la familia de los Robinsones italianos; pero con una condición: que nos obedezcáis y

